

ASTUCIA TERRICOLA

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

BOLSILIBROS BRUGUERA

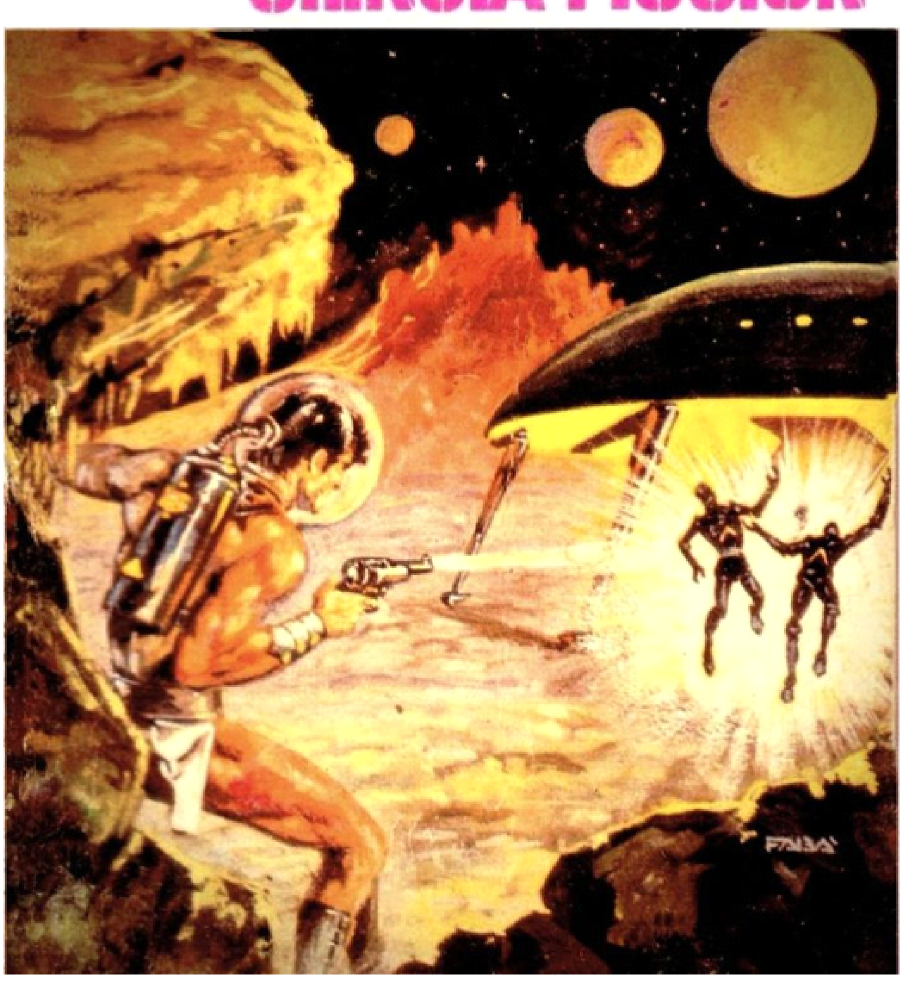
la conquista del ESPACIO

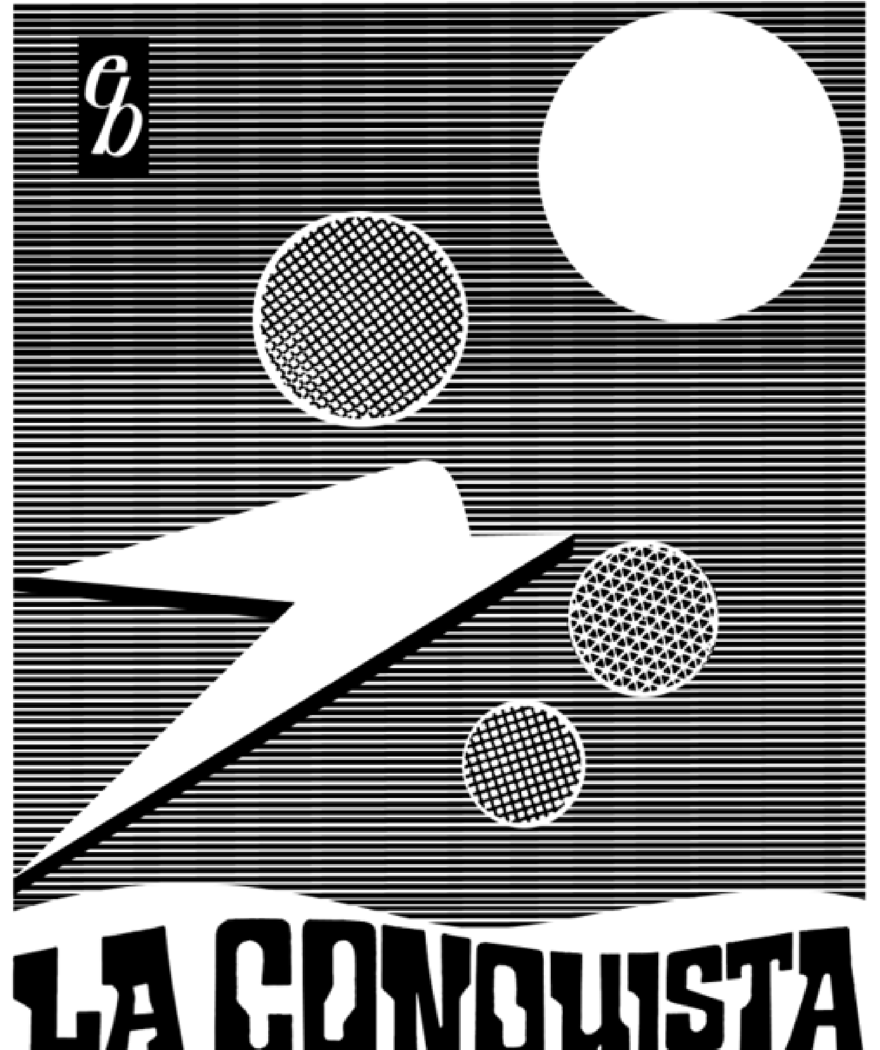
ASTUCIA TERRICOLA

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

Ralph Barby

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

1. — Poder sin límites - *Glenn Parrish.*
2. — El éxodo de los dioses. - *Kelltom Mclntire.*
3. — El enigma del microcosmos - *Ralph Barby.*
4. — Los vigilantes del Cosmos. - *Joseph Berna.*
5. — ¿Hombres o máquinas*?-Glenn Parrish.*

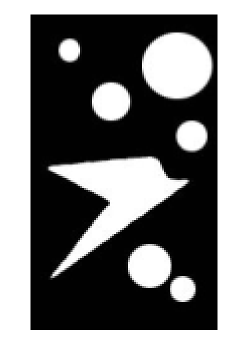
RALPH BARBY

ASTUCIA TERRICOLA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.« 439

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 38.086 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: enero, 1979

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

El cielo resultaba de un negro intenso y las estrellas podían verse con una nitidez propia tan sólo de los planetas sin atmósfera.

Desde la torre de control en la colonia terrícola One Point instalada en el planetoide Argent, Lewis Furm observó el firmamento a través de los gruesos cristales que les aislaban del exterior, unos cristales que les preservaban del frío glacial o del calor infernal, según fuera la época del año, y también les protegían de la falta de atmósfera.

No resultaba agradable estar destinado en un planetoide sin atmósfera, pues obligaba a permanecer la mayor parte del tiempo

encerrados en las instalaciones, donde si bien había de todo para practicar deportes e incluso pasear, no era como poder abrir puertas y salir a caminar por lugares libres.

Si se deseaba dar tales paseos, había que enfundarse dentro de un traje de supervivencia con pila atómica incluida que acondicionaba la temperatura para el cuerpo y liberaba el oxígeno de las pastillas sólidas que se cargaban a la espalda y que ocupaban sólo una décima parte de lo que en la casi prehistoria de la conquista del espacio habían sido las botellas de aire comprimido.

El descubrimiento de las pastillas que gracias a la energía nuclear liberaban el oxígeno suficiente para respirar, había sido un gran avance para aligerar peso y volumen en los trajes de supervivencia. Pese a ello, no dejaba de ser engorroso cargar con todo el traje.

Lewis Furm, jefe de la sección de control, gustaba de contemplar las estrellas desde su torre de control, aunque le bastaba mirar a las pantallas de sus aparatos de detección para saber dónde estaba cada astro, el volumen que tenía, a la velocidad, con que se movía y el grado de luz que irradiaba.

Ciertamente los medios de que disponían eran grandes y sofisticados, sólo gracias a una computadora bioelectrónica podía manejarlos todos, es decir, él y sus siete ayudantes.

—¡ Señor Furm, señor Furm! —llamó uno de sus ayudantes, una bellísima terrícola que volvió su rostro hacia el jefe.

—¿Qué sucede, Bruna?

—¡He detectado unos meteoritos que se acercan a gran velocidad!

Lewis Furm cruzó sus manos a la espalda como lo hubiera hecho un profesor acercándose a su alumna aventajada.

—Es normal la aparición de meteoritos. Bruna, también es normal que caigan sobre la superficie de este planetoide. Es otra de las cosas malas que tienen los astros sin atmósfera que pueda constituirse en coraza contra los meteoritos, desintegrándolos. Bueno, en el planeta Tierra caen algunos, pero son muy pocos comparados con los que llegan hasta la superficie de los planetas sin atmósfera.

—Señor Furm, lo que quiero decirle es más serio. He dado los

datos captados al cerebro «Bio» y parece que ese grupo de meteoritos caerá sobre nosotros.

Ante aquellas palabras, pronunciadas con voz clara y rotunda, todos volvieron sus rostros hacia la joven Bruna Stanislawsky. Después, las miradas pasaron de ella al jefe del centro de control que no sólo vigilaba el cielo alrededor del planetoide Argent, sino que se mantenía en comunicación con la colonia terrícola ubicada en el planeta Plutón, el más próximo a ellos.

Y de Plutón, los mensajes pasaban al propio centro de coordinación situado en la Tierra.

Desde One Point se coordinaban también las comunicaciones con toda la superficie del planetoide Argent, ya que las colonias mineras y de investigación se hallaban muy dispersas. Las había muy pequeñas (las formadas por cuatro hombres que era el mínimo permitido por las ordenanzas) hasta la propia base One Point donde vivían varios millares de seres.

—¿Está segura?

—Lo he comprobado todo, esos meteoritos llegarán en treinta minutos. De haber sido mayor su tamaño, los habría podido captar antes.

—Treinta minutos no es mucho, habrá que repasar los datos. Nunca hemos sufrido una lluvia de meteoritos sobre la colonia, sólo alguno aislado y los sistemas de defensa han resistido perfectamente.

—En la grabadora magnética están los datos recibidos, señor.

Lewis Furm hizo pasar los datos por la pantalla y mientras los observaba, volvió a enviarlos por una línea de alta sensibilidad al cerebro bioelectrónico para que los computase y diese resultados.

—Parece tratarse de una nube de meteoritos de diversos tamaños y cuyo peso puede oscilar entre uno y cien kilos. Su densidad, también variable, se halla entre siete y trece. Qué raro, es como si hubieran modificado su rumbo…

El cerebro bioelectrónico al que familiarmente solían llamar «Bio», envió su respuesta y Lewis Furm sintió un estremecimiento a lo largo de su espinazo.

—Es cierto, viene recto hacia nosotros. ¿Cómo no los ha

detectado antes, Bruna?

La pregunta sonaba casi a acusación. La joven frunció el ceño, consciente de lo que ocurría, y replicó:

—Compruébelo usted si quiere, pero los datos no han aparecido hasta hace escasos minutos. Yo misma creía que se trataba de un error y he dado los datos por dos veces a «Bio» para estar segura del resultado.

—Bien, en otro momento ya estudiaremos los datos grabados, ahora hay que poner en marcha el sistema de seguridad.

Lewis Furm había ensombrecido su rostro, se le había tensado la piel y endurecido la voz. El momento era muy difícil.

Fue hacia su mesa de mando en la que tenía un gran teclado y pulsó varios botones hasta que en la pequeña pantalla negra que tenía delante apareció un grueso círculo rojo. Sólo en ese momento podía apretarse el botón que correspondía a la situación de emergencia; de esta forma se preveía una pulsación de emergencia por error, ya que la alarma siempre causaba graves trastornos en la colonia.

Seguro, sin vacilar, Lewis Furm oprimió el botón.

Las chicharras de alarma comenzaron a sonar con intermitencia por toda la colonia, túneles, salas, dormitorios, comedores... No había chicharras ni sirenas en el exterior, hubieran resultado inútiles al no existir aire que pudiera transmitir el sonido, aunque la situación de emergencia se transmitiría por la radio y podrían captarla cuantos se hallaran fuera de la colonia.

—¡ Lewis Furm, Lewis Furm!

Quien le interpelaba era el hombre que acababa de aparecer en su pantalla-monitor, y no era otro que el comisionado J. J. Arnould, máxima autoridad no sólo en la colonia One Point sino en todas las colonias del planetoide Argent.

—Le escucho, comisionado Arnould, —respondió Lewis Furm, colocado frente a la telecámara que enviaba también su imagen al comisionado que le estaría viendo desde su despacho, situado en la planta catorce.

En la colonia, las plantas se contaban de arriba hacia abajo; la planta «cero» estaba a nivel de suelo y el resto se hundía en el

subsuelo del planetoide, lo que las hacía más seguras.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió apremiante el comisionado J. J. Arnould que como jefe máximo de la colonia podía cambiar o ratificar órdenes como la cursada por Lewis Furm.

—Se acerca una lluvia de meteoritos.

—¿Una lluvia de meteoritos, desde cuándo está detectada?

—Desde hace poco. Ha aparecido de improviso y, por los datos obtenidos, la «Bio» ha dado como resultado que la lluvia de meteoritos se nos viene encima.

—Eso puede ser grave. ¿Son grandes?

—El tamaño es variable y el espesor no está calculado.

—¿Cuánto tardará?

—Treinta minutos, señor; bueno, ahora veinticinco…

Las chicharras de alarma, lo mismo que las centelleantes luces rojas, siguieron advirtiendo del peligro a toda la colonia.

Las grandes y sólidas puertas se fueron cerrando y los focos de los ascensores se bloquearon en cada planta, de tal forma que si una planta perdía su atmósfera, la que le seguía no iba a perderla.

Cada cual corría hacia sus puestos y por encima de la gran cúpula transparente que cubría la colonia subterránea, se extendió una coraza de grueso acero plástico.

Cuantos se hallaban en la torre de control, la planta cero y la uno que estaba por debajo de la cero, tenían que vestirse con los trajes de supervivencia para estar preparados ante posibles fugas de atmósfera e incluso incendios que pudieran producirse dentro de la propia colonia.

Todos se sabían aislados a partir de aquel momento; una planta con otra sólo podría comunicarse a través de unos videófonos.

Quienes quedaban más aislados eran los que se hallaban fuera de la protección acorazada de la colonia. Cuando comenzaba la alarma, sólo había cinco minutos de tiempo para que los que se hallasen cerca de la colonia pudieran buscar su protección.

Pasado este tiempo, cada cual debía buscar un lugar seguro por sí mismo.

Hacía ya algunas horas que Ray Tanner se había desplazado al astropuerto, pues había tenido conocimiento de la arribada de una nave carguera que, entre otros suministros, traía al planetoide Argent nuevos modelos de atom-hover-craft con autonomía total hasta su completa destrucción, o sea, una duración mínima de diez años terrícolas si había atmósfera y cincuenta años si se utilizada en un planeta sin atmósfera.

Ray Tanner había pedido información respecto a la posible compra de un cart nuevo, pues con el que había venido utilizando, había tenido ya varios y serios tropiezos y no se fiaba mucho de él.

Un vehículo atom-hover-craft último modelo podía resultar bastante caro, pero Tanner tenía crédito.

Era un independiente, con no muy mala suerte. No había conseguido amasar una fortuna pero iba haciendo. Si descubría algún yacimiento importante, lo explotaba en principio, veía sus posibilidades y luego lo subastaba.

Todo independiente que explotase un yacimiento tenía que pagar el cuarenta por ciento de los beneficios al gobierno de la Confederación. Luego, a los beneficios había que restarles el pago del transporte hasta las otras colonias extraterrestres e incluso la propia Tierra, lo que encarecía mucho la mercancía.

Si se sumaban los gastos y los impuestos, los beneficios no resultaban tan grandes, por ello, Ray Tanner vendía los yacimientos que encontraba. Otra cosa hubiera sido disponer de una flota carguera espacial aunque sólo fuera de tres o cuatro naves, pero su fortuna no llegaba para tanto.

Algún día quizá tuviera un golpe de suerte y entonces se compraría una flotilla carguera y pasaría a explotar los yacimientos que encontrara en lugar de venderlos.

Se decía que para obtener un millón casi no había más remedio que asaltar el Banco Confederal, porque trabajando era prácticamente imposible reunirlo. En cambio, para hacer diez millones, bastaba con tener un millón. Era el eterno problema, cuanto más se poseía más fácil era obtener más.

Ray Tanner, como independiente, no vivía mal. Tenía épocas

duras en las que debía enfrentarse a innumerables problemas, pero en otras lo pasaba bien con sus amistades.

A lo que no se hubiera sometido complacidamente Ray Tanner hubiera sido a un empleo de funcionario o a un trabajo con horario fijo en alguna empresa explotadora de yacimientos, empresas de las que solían comprar al propio Ray Tanner los yacimientos que éste descubría y ponía a la venta.

A las grandes empresas les resultaba más barato dejar libres y tranquilos a los independientes como Ray Tanner y luego comprarles los yacimientos que descubrieran, que destinar a un equipo de la propia empresa a la búsqueda de tales yacimientos.

Los independientes poseían un olfato instintivo; además, buscaban con placer y no por llenar las horas de una jomada laboral. Si era necesario, pasaban días y días sin descansar apenas. Y si después de todo fallaban en su intuición, eran ellos quienes perdían y no el gobierno federal o las empresas explotadoras.

Por ello, eran bien aceptados los hombres como Ray Tanner y no se les regateaban las cantinas de diversión. Y si los propietarios de las cantinas que se ubicaban en las colonias pedían suministros, de la clase que fueran, al planeta Tierra o a otros lugares, gozaban de prioridad extraoficialmente, ya que era importante que las exigencias de diversión de los terrícolas que se hallaban en el planetoide Argent quedaran cubiertas.

Eso sí, bebidas y diversiones en general tenían que ser costosas, de esta forma se les obligaba a buscar fortuna con mayor interés.

Si las diversiones hubieran resultado baratas, los buscadores de yacimientos se habrían quedado la mayor parte del tiempo pudriéndose de asco en las cantinas, pero en todas ellas, si un independiente no pagaba o no se le aceptaba su crédito, era echado del local con muy pocos modos por un pelotón de gorilas preparados para la lucha.

—¡ ¡ Iiiieaaa !! —gritó una de las dos chicas pertenecientes a la cantina de Dina, la mayor y más lujosa de las que existían en el planetoide Argent.

Ray Tanner había hecho subir a las muchachas en el flamante cart recién escogido en el almacén del astropuerto. El vehículo se veía rutilante, pletórico de poder.

Pintado en naranja y blanco, tenía doce metros de largo, tres de ancho y una altura, posado sobre el suelo, de dos diez.

Su línea era aerodinámica por si se deseaba utilizar en planetas que tuvieran atmósfera.

Ray Tanner lo pilotaba con ligereza y comenzaba a hacer diabluras con él. En parte era por diversión y en parte para someterlo a prueba para ver lo que resistía y si efectivamente era tan bueno como el empleado de la compañía vendedora aseguraba.

Aquel cart tenía muchas ventajas sobre otros.

Una de ellas era que no resultaba necesario ir vestido con el traje de supervivencia dentro del vehículo. Podía entrar uno dentro del cart, quitarse el traje, hacer un viaje largo y luego, antes de abandonarlo, volver a vestirse con el traje de supervivencia, totalmente imprescindible en un astro sin atmósfera como era el planetoide Argent o la Luna misma.

Las dos chicas de la cantina de Dina iban muy ligeras de ropas y estaban encantadas de dar aquel paseo en el cart nuevo y Ray Tanner.

Una de ellas, Greenty, conectó el radiotelevisor y cuando parecía que iban a escuchar un programa musical que les acompañara en su paseo por la superficie del astro iluminado por la luz del sol que lo calentaba y con la bóveda del cielo plagada de estrellas, apareció la intermitencia de alarma roja.

—Eh, Ray, ¿qué pasa, están de maniobras?

Ray Tanner, que se había estado riendo como un niño con un juguete nuevo, se quedó mirando fijo la pantalla que tenía en el salpicadero y pidió:

—Sube el volumen.

La chica obedeció y pudieron oír la voz del jefe de seguridad de la colonia One Point dentro de cuya área estaban.

—Que nadie se mueva de los lugares en que se encuentre. Todos los miembros de la brigada de salvamento deben estar en sus puestos. Dentro de breves minutos sufriremos una lluvia de meteoritos. Posiblemente no nos afecten, pero se mantendrán todas las medidas de seguridad...

El jefe de seguridad continuó hablando mientras en pantalla iban cambiando las imágenes.

De pronto, apareció la nube de meteoritos que se acercaba al planetoide Argent a gran velocidad, atraídos por su gravedad.

—¡Hay que buscar un refugio pronto! —añadió Ray Tanner consciente de lo que podía sucederles—. Colocaos los trajes de supervivencia.

Al ver que el rostro del hombre se había transformado, las muchachas se inquietaron y se apresuraron a colocarse los trajes de supervivencia por si la carrocería del cart quedaba agujereada por uno de los meteoritos y, en consecuencia, perdían la atmósfera indispensable para que los terrícolas siguieran viviendo.

Ray Tanner conocía muy bien los alrededores de la colonia One Point y sabía que ahora todas sus entradas se hallaban bloqueadas por las compuertas de seguridad ante el peligro que se les venía encima. En consecuencia, los que habían quedado fuera de la protección acorazada de la colonia, debían protegerse por sí mismos.

Enfiló hacia unos farallones rocosos que se hallaban a escasa distancia y metió el vehículo entre unas grandes oquedades de la pared cortada.

—Aquí podremos esperar —les dijo.

Las dos chicas de la cantina de Dina no estaban muy seguras; hubieran preferido hallarse en la planta catorce de la colonia.

—¿No te pones tú el traje de supervivencia? —preguntó Circe a Ray Tanner que permanecía al mando del vehículo y mirando a través del cristal parabrisas.

Pasaron los minutos. Los tres siguieron pendientes de las noticias que les llegaban a través del radiotelevisor.

El centro de control de la colonia One Point tenía localizados los meteoritos con sus telecámaras y todos podían seguir a través de las pantallas de T.T.V. su aproximación mientras una voz en *off* pedía calma, al tiempo que daba consejos a seguir.

Cuando la lluvia de meteoritos cayera sobre la colonia, se darían las instrucciones adecuadas, que estarían en función de los daños causados por los meteoritos.

Los ayudantes del comisionado J. J. Arnould trataban de rebajar la importancia de lo que se avecinaba; sin embargo, eran conscientes de que aquella lluvia de meteoritos podía resultar catastrófica para la colonia One Point, tan catastrófica que podía arrasarla completamente.

De todos modos, había que evitar que el pánico se apoderara de sus habitantes. Mas, pese a las buenas y tranquilizadoras palabras, la tensión aumentaba en todos los seres que componían la colonia y cuando comenzó a contar el último minuto, se hizo un silencio impresionante.

Ray Tanner y las dos jóvenes que le acompañaban, Greenty, de cabellos color verde esmeralda, y Circe, de melena rojiza, contemplaron el cielo a través del cristal parabrisas.

El cart estaba metido en la oquedad de los farallones, lo que constituía una buena protección mientras no se produjera un cataclismo que hiciera que los farallones se desmoronaran sobre el vehículo, sepultándolo con sus ocupantes dentro.

A lo lejos, cuarenta grados al oeste del sol amarillo anaranjado que les iluminaba, podían ver el astródromo que antes habían abandonado.

A la distancia en que se hallaban, podían ver varias astronaves, dos de ellas de tipo cohete vertical y cinco colocadas en horizontal. La colonia se hallaba a cinco millas de allí y más al oeste, aguzando la vista, podían descubrir la torre de control.

—¡Allí, allí! —señaló la joven del cabello verde esmeralda.

En el cielo se hizo más y más grande una masa que reverberó los rayos del sol que iluminaba el planetoide Argent. Era como una lluvia de estrellas o de brillantes, pero una lluvia que iba a ser catastrófica.

—Da la impresión como si esa lluvia de meteoritos estuviera dirigida —opinó Ray Tanner en voz baja.

—Qué tontería. ¿Quién podría dirigir una lluvia de meteoritos contra un planeta? —inquirió Circe con un mohín en sus labios atrayentes y jugosos.

—No lo sé, pero es demasiada casualidad que el chaparrón de meteoritos caiga precisamente sobre la colonia más importante que tenemos en este planeta, esencialmente minero, ya que carece de flora

y fauna por no haber atmósfera.

No había tiempo para hacer más observaciones ni comentarios, los meteoritos comenzaron a caer sobre la superficie del planetoide.

Los había de muchos tamaños; no obstante, el más pesado no excedería de los cien kilos y el radio de acción de la tormenta rebasaría un círculo que tuviera diez millas de radio, quizá más.

La masa de meteoritos agrupados impactaba contra el planetoide, tan furiosamente como podría hacerlo un enjambre de avispas terrícolas contra el intruso que acabara de destruir su nidal.

Cada meteorito hacía un agujero en el suelo del planetoide y se levantaba una nube de polvo en toda la zona mientras seguía cayendo aquella lluvia destructiva y demoledora.

Una de las naves colocada en vertical, al recibir los impactos comenzó a oscilar y terminó por caer.

No se podía oír el ruido de aquella lluvia devastadora, ya que no había atmósfera para transmitir el sonido, pero sí se acusaban los impactos a través de las vibraciones del suelo, ya que el vehículo de Ray Tanner se hallaba posado sobre las rocas.

De los propios farallones comenzaron a desprenderse piedras. En su parte alta recibían el impacto de la lluvia de meteoritos que ignoraban cuánto tiempo iba a durar. Lo mismo podía tratarse de unos pocos segundos que de cientos de horas.

De pronto, una luz vivísima les cegó.

Una de las astronaves acababa de estallar, posiblemente al ser perforado todo su fuselaje y ser tocada en puntos vitales.

La onda explosiva y térmica se propagó con tanta violencia que destruyó otras naves que se hallaban cerca y hubo más explosiones y más destrucción mientras los meteoritos seguían cayendo.

—¡ Es el fin de todos! —gimió Circe.

—Todavía no —la calmó Ray Tanner—. La colonia tiene que resistir, tiene que resistir —repitió entre dientes mientras delante de ellos, a muy escasa distancia, continuaban cayendo rocas del propio farallón en el que habían buscado cobijo, mezcladas con los meteoritos.

La torre de control de la colonia, debido a las nubes de polvo y humo, ya no se veían, pero en el lugar donde estaba apareció una gran llamarada. Ray Tanner comprendió que la catástrofe estaba alcanzando dimensiones muy superiores a lo que había imaginado.

El caos, el pánico y la muerte debían de reinar en la colonia One Point. Ellos mismos podían haber sucumbido allí de no salir a probar el flamante vehículo atom- hover-craft.

La tormenta de meteoritos semejaba ir a cubrir por completo la superficie del planetoide Argent, lo que podía significar el fin de la colonia terrícola.

Las explosiones se reproducían y los incendios eran fugaces, pues se consumían con rapidez al no haber oxígeno en derredor; sin embargo, las explosiones eran terroríficas y destructoras.

Un movimiento sísmico de gran intensidad no habría sido peor que la lluvia de meteoritos pétreo-metálicos que llegaban convertidos en verdaderos proyectiles perforantes, ya que no había atmósfera para frenarlos.

Las dos chicas no quisieron ver más, ambas creyeron que había llegado su fin.

Rocas de los farallones caían rozando el morro del cart recién adquirido, en cualquier momento podía desprenderse el techo de la oquedad en que se guarecían y sería la muerte.

Ray Tanner ansiaba que el furioso ataque de los meteoritos terminara y parecía amainar cuando creyó ver una gran nave espacial que se acercaba detrás de la nube de meteoritos, como viajando a su cola.

La aparición y desaparición de la nave fueron tan rápidas que el propio Ray Tanner no estuvo muy seguro de si había sufrido una alucinación o lo que había visto con sus propios ojos era cierto.

—¿La habéis visto? —preguntó a las chicas.

—¿El qué?

Comprendió que ellas no se habían dado cuenta de nada.

El último meteorito cayó; luego, el polvo levantado se sedimentaría y parecería que no hubiera sucedido nada. Sin embargo,

la destrucción debía haber sido pavorosa.

Tras cincuenta y tres minutos de lluvia letal de meteoritos, ¿qué quedaría de la colonia?

CAPITULO II

—Atención, atención, soy Ray Tanner, independiente a bordo de su cart. Si alguien me escucha, que responda, atención, atención...

Ray Tanner hizo la llamada al tiempo que la grababa en microcinta. Después pulsó la tecla de repetición para que la llamada, de forma intermitente, fuera lanzada al espacio por si alguien la captaba.

Al mismo tiempo, había dejado el receptor de radiotelevisión abierto para poder captar cualquier respuesta.

Greenty y Circe interrogaban a Ray Tanner con sus angustiadas pupilas. Ellas sólo eran dos chicas del mundo de la diversión, dos muñecas mimadas que a lo sumo tendrían una preparación básica y los cursillos de socorrismo y supervivencia indispensables para obtener la autorización para trasladarse a las colonias extraterrestres.

Las dos, tan alegres antes, habían enmudecido, conscientes de la gran tragedia que se había producido.

Las pequeñas colonias dispersas por el resto del planetoide quizá acudirían pronto en ayuda de la One Point, pero no se podía esperar socorro del propio planeta Tierra ni de los otros planetas de su sistema solar, ya nada tendría remedio.

Ray Tanner era otra cosa; él era un aventurero independiente acostumbrado a verse en problemas, aunque ni siquiera él hubiera podido imaginar una catástrofe similar.

Se colocó el traje de supervivencia. Era muy posible que tuviera que salir del cart y no precisamente dentro de algún recinto con atmósfera artificial.

—Mantened abiertos vuestros intercomunicadores por si alguien llama.

—¿Vamos a ir ahora a la colonia, Ray?—le preguntó Circe, la bella joven de los cabellos rojo fuego.

—Sí, ahora que ha terminado el chaparrón de meteoritos iremos a ver qué se puede hacer.

Ya con el yelmo del traje de supervivencia ajustado, puso en marcha el cart y enfiló hacia el astropuerto que era lo que les quedaba más cerca.

El aspecto del astropuerto era deprimente, encogía el ánimo.

La naves espaciales se hallaban totalmente destruidas, algunas de ellas tan reventadas que sólo considerarse como chatarra irreconocible. Estas debían ser las que habían explosionado al ser alcanzados sus cilindros de combustible. Las otras naves estaban completamente perforadas, no cabía esperar nada útil de ellas.

Ray Tanner siguió avanzando lentamente con el cart.

Los hangares de reparación estaban igualmente destruidos. Ray Tanner se introdujo en uno de ellos por un muro, destruido posiblemente por alguna de las explosiones.

Dentro pudieron ver a decenas de muertos, muchos de ellos machacados por» los meteoritos. Algunos los habían traspasado por completo, incrustándose luego en los pavimentos de cemento.

Miraron hacia el techo: Las corazas de protección no habían resistido la devastadora tormenta de meteoritos.

—Creo que aquí no encontraremos nada vivo —musitó Ray Tanner.

—No puedo ver esto, no puedo resistirlo —se lamentó Greenty.

—Tendrás que aguantar. Ellos han muerto, ñero nosotros hemos de sobrevivir. Creo que esta lluvia de meteoritos ha quedado localizada en la colonia One Point, pero las otras colonias tampoco responden y no sé qué es lo que nos aguarda.

—¿Vamos a morir? —preguntó Circe, secándosele la garganta. El diálogo se llevaba a cabo a través de los intercomunicadores adheridos a los propios cascos del traje de supervivencia.

Ray Tanner abandonó el astropuerto, no habían podido oír la más mínima comunicación.

Allí no había nadie vivo. Todos los servidores del astropuerto habían quedado masacrados por el chaparrón de meteoritos si es que se le podía llamar chaparrón por adjetivarlo de alguna forma.

Había que tener los nervios templados, Ray Tanner los tenía y aun así, se sentía afectado por lo ocurrido, en cierto modo tan imprevistamente. No era lógico que una nube errante de meteoritos no se hubiera detectado a tiempo para tomar otras precauciones.

Se habría podido calcular el radio que iba a quedar afectado para evacuar toda el área siniestrable.

Le vino de nuevo a la mente la nave que había visto brotar por detrás de los meteoritos, alejándose. ¿Qué hacía aquella nave cerrando la cola de la nube de meteoritos? Era un enigma que Ray Tanner ansiaba desentrañar.

Greenty y Circe se sentían muy mal. Ray Tanner intuía que podían marearse totalmente de un momento a otro o entrar en un ataque de pánico y desesperación. Esperaba que no ocurriera tal cosa, porque metidas dentro de los trajes de supervivencia iba a ser difícil ayudarlas.

Se acercó a la colonia propiamente dicha.

La gran bóveda coraza había desaparecido y de la torre de control quedaba muy poco. Dos de sus paredes se habían desprendido y se veían incluso las escaleras al descubierto, como un gran animal destripado que mostrara sus vísceras.

Espeluznaba asomarse a lo que había sido la más importante colonia instalada en el planetoide Argent y que ahora era como un gigantesco cráter.

Se habían hundido varias plantas, una tras otra. Habían desaparecido las amplísimas salas de reunión, las cafeterías, la cantina de Dina... Era muy difícil saber hasta dónde había desaparecido todo.

Sobre las plantas más subterráneas, grandes cantidades de meteoritos y escombros, una auténtica montaña de escombros. Ni con diez bulldozers gigantes trabajando durante diez horas seguidas podría conseguirse algún resultado positivo. Apearse del cart para empezar a retirar escombros o meteoritos era de una ingenuidad tal que ni siquiera pasó por la mente de Ray Tanner.

—Aquí no hay nada que hacer —masculló Tanner con una frialdad que podría parecer desinterés cuando sentía un gran dolor por lo ocurrido, lo que sucedía es que nada podía hacerse allí.

Gracias a hallarse fuera de la colonia y guarecidos en la oquedad de los farallones rocosos, a una distancia que había sido salvadora, se hallaban vivos. Todo lo demás estaba acribillado, aplastado, hundido.

—Encima han habido fugas de radiactividad —masculló Ray Tanner mirando el sensor geiger del salpicadero de su flamante cart A.H C.

—¿No se ha salvado nadie? —preguntó Circe, mareada por el miedo y las fuertes náuseas que sentía.

—Deben haber sido alcanzados los sistemas de generación de energía y si en las plantas más subterráneas no llevaban puestos los trajes de supervivencia, creo que no habrá posibilidad de encontrar a nadie vivo.

—¿Qué haremos ahora? —inquirió Circe muy apurada.

—Vamos a dirigirnos a otra de las colonias. Ellos tienen que haber captado también la alarma roja y si luego no han recibido señales de vida de la colonia One Point, es lógico suponer que se habrán puesto en camino hacia aquí para ver en qué pueden ayudar.

—¿Seguro que estarán en camino? —preguntó Greenty, escéptica.

—Es de confiar que sí; no obstante, ahora nos dirigiremos hacia la colonia Two Point.

—La Two Point es muy pequeña, no tendrá más allá de medio centenar de habitantes —observó Greenty.

—Sí, frente a los mil de la colonia One Point, la principal, la Two Point es pequeña, pero allí tendremos dormitorios, comida. Allí se puede estar más o menos bien hasta que lleguen naves de salvamento de nuestra amada Tierra. No olvidemos que todas las naves espaciales que había en el astródromo han sido destruidas.

—¿Y las dos macronaves que tenemos en órbita? —preguntó Circe.

—Las tengo en cuenta, pero no podemos llegar hasta ellas.

—Esperemos que sí, habremos de buscar comunicación con las dos macronaves. Supongo que desde la colonia Two Point ya se habrán puesto en contacto con ellas. Las propias macronaves habrán observado todo lo sucedido en la colonia One Point y lo estarán comunicando a la colonia Two para que tomen medidas.

Ray Tanner estaba hablando bajo supuestos; si todo obedecía a una lógica, la situación se resolvería tal como había explicado.

La desgracia había sido tan grande que casi dejaba los cerebros en blanco. Lo mismo Ray Tanner que Greenty y Circe habían perdido montones de amigos en lo que ahora sólo era un cráter repleto de escombros y meteoritos acumulados, como producto de una cantera.

Sólo cabía desesperarse totalmente o revestirse de una capa de frialdad, dejando el sentimiento para mejor ocasión. Ray Tanner, un hombre práctico en sus acciones, pues era la única forma de salir adelante, escogió la segunda actitud.

—Vámonos.

El cart comenzó a alejarse cuando se escuchó una voz dentro de sus cascos.

—¡Auxilio, auxilio!

Ray Tanner detuvo el vehículo y preguntó:

—¿Habéis oído lo mismo que yo?

—¡ Sí, sí, han pedido auxilio y era una voz de mujer! —exclamó Circe volviendo su rostro hacia las instalaciones destruidas de la colonia One Point, orgullo de la técnica de la civilización terrícola y que se había venido abajo por la agresión de la inesperada nube de meteoritos.

—Atención, atención, contesta Ray Tanner... He oído una llamada de auxilio, insista, le escuchamos.

—¡Auxilio, ayúdenme! —pidió en tono bajo la voz

femenina.

—La oímos perfectamente. ¿Dónde se encuentra?

—Me llamo Bruna Stanislawsky, oficial de control espacial. Me hallo en la torre de control.

—¿Está en dificultades? —preguntó Ray Tanner.

—Tengo objetos encima que me oprimen. He visto un vehículo a través de un agujero de la pared

—Es el vehículo que yo conduzco. Tranquilícese, ahora vamos a salvarla.

Dio media vuelta al cart A.H.C. y se dirigió hacia la torre de control que mostraba sus tripas al descubierto.

—No podrás entrar ahí —le advirtió Circe.

—Seguro que sí —le respondió Ray Tanner comprendiendo que la mujer que había pedido auxilio podía estar escuchándoles, ya que como vestían los trajes de supervivencia, se comunicaban a través de los radioemisores adheridos en los respectivos cascos.

Se acercó cuanto pudo a lo que quedaba de la torre de control y luego detuvo el vehículo.

—Esperad aquí, voy a buscarla Si llega alguna emisión más estad atentas. Es posible que hagan llamadas desde las otras colonias.

Circe y Greenty asintieron.

Ray Tanner, ya fuera del vehículo, bajo un cielo plagado de estrellas en pleno día del planetoide Argent, con el suelo iluminado por la luz de su estrella solar, miró a la torre.

Era tan distinto el cielo de un planeta sin atmósfera a otro que la tuviera... En este último, para ver las estrellas, había que esperar a que fuera de noche y que no estuviera nublado; en cambio, en un planeta sin atmósfera, siempre estaban visibles las estrellas, nítidas y brillantes, sin que la luz de la estrella solar las ocultara.

Se acercó con cautela a la torre destruida y se introdujo en ella buscando la escalera Paredes, tuberías, cantidades ingentes de tendidos eléctricos aparecían al descubierto, como nervios destruidos.

—Bruna, Bruna, ¿me oye?

—Sí, sí, le oigo —respondió la mujer que se hallaba en dificultades.

—¿En qué lugar se encuentra aproximadamente, puede decírmelo?

—Estoy en la sala de unificación general de controles.

—Eso es arriba del todo, ¿no?

—Sí.

—Bien, ahora subo.

Comenzó a trepar por una escalera metálica. La baranda se desprendía y todo chirriaba y se balanceaba a su paso. Ray Tanner temió que en cualquier instante todo se fuera abajo.

Algunos cascotes se desprendieron de las paredes y también se produjeron chispazos, por lo que dedujo que alguno de los generadores, quizá el de emergencias, estaba funcionando, lo que constituía un serio peligro.

Al llegar a la primera planta, descubrió a varios cuerpos tendidos. Todos allí vestían el traje de supervivencia; sin embargo, estaban destrozados, los meteoritos les habían alcanzado de pleno. Los yelmos se veían totalmente machacados y el aire seguía escapando por aquellos trajes que ya no contenían vida.

Prosiguió su ascenso y llegó a la última planta. El techo acorazado estaba destruido en sus dos tercios y lo que quedaba se veía perforado.

La sala de control era grande y daba pena ver cómo había quedado. Las pantallas de televisión tridimensional habían estallado, los paneles estaban destrozados y volcados.

Por el suelo aparecían varios cadáveres vestidos con los trajes de supervivencia. Ray buscaba entre ellos, esperando encontrar a la mujer que había pedido auxilio.

—Estoy detrás, debajo de unos paneles de control.

Ray Tanner acababa de inclinarse sobre uno de los cadáveres, totalmente traspasado por uno de los meteoritos.

La sangre lo manchaba todo, había brotado de los cuerpos destrozados a chorro y como por aspersión.

Se volvió y descubrió el panel y una pierna que salía de debajo de él. El propio panel tenía varios pequeños meteoritos incrustados. Posiblemente no lo habían traspasado por haber sido frenados al cruzar la coraza del techo.

—¿Sabe si su traje está perforado?

—Creo que no, respiro bien.

Ray Tanner, que aún no veía bien la cabeza de la mujer, pues sólo veía parte del mirador del yelmo, temió que al apartar el panel apareciera algún agujero en el traie de la mujer y perdiera de inmediato la atmósfera artificial que tenía dentro del propio traje, lo que le ocasionaría la muerte de inmediato.

—Al salir de ahí abajo, procure no rozarse con ningún hierro.

—Sáqueme de aquí, por favor.

La mujer estaba atrapada bajo el montón de hierros.

Con sus manos enguantadas, Ray Tanner comenzó a forcejear con los restos de los paneles teniendo buen cuidado de no realizar ningún movimiento brusco que pudiera hacer que una de las puntas metálicas perforara el traje de la, al parecer, única superviviente de la masacre.

Al fin, tras repetidos esfuerzos, logró desprender los paneles de donde habían quedado encajados.

La mujer que se hallaba debajo comenzó a salir lentamente, evitando las puntas metálicas, aunque no pudo sortear una que quedó casi clavada en el traje.

Al darse cuenta, miró con ojos angustiados a Ray Tanner. Este comprendió lo que ocurría y sostuvo todo el conjunto con su espalda mientras con las manos doblaba la punta metálica, apartándola del traje que, por suerte, no había llegado a perforarse.

La mujer terminó de salir de aquella trampa mortal en la que, de no haber sido por Ray Tanner, hubiera sucumbido sin remedio.

—Gracias, gracias —balbuceó, tambaleándose.

—En mi vehículo tengo algo de bebida, le irá bien.

—Espere... ¿Y los demás?

—No hay más —dijo él, invitándola a bajar por la poco sugestiva e insegura escalera.

Bruna Stanislawsky pudo ver los cadáveres de los que habían sido sus compañeros de trabajo y también de su jefe.

—Dios mío —gimió—. ¿No se ha salvado nadie?

—Desgraciadamente, no. Yo estaba fuera de la colonia con mi cart, me he protegido entre los farallones. Ha sido horrible, ha tenido usted mucha suerte.

Bruna asintió con la cabeza y comenzó a descender por la escalerilla con mucho cuidado, sintiéndose muy débil.

Ray Tanner fue tras ella. Parte de una pared se desprendió y cayó, destrozando otras cosas que había en la parte baja. Al fin, Llegaron al suelo firme y de él al cart.

Bruna entró en el vehículo seguida por Tanner que cerró la puerta hermética y volvió a colocar la atmósfera dentro del cart.

—Quítese el yelmo —le pidió Tanner mientras hacía lo propio con el suyo.

Circe y Greenty, que observaban en silencio pero curiosas, también se desprendieron de sus cascos, ya que el cart había recuperado su atmósfera artificial y respirable.

Ray Tanner sacó del pequeño bar una botella y unos vasos y escanció licor en ellos. El líquido estaba frío. Ray vertió soda sobre el whisky y lo fue repartiendo entre las tres jóvenes.

Acababa de darse cuenta de que Bruna, la oficial del centro de control, era bellísima. Por estar gran parte de su tiempo ausente de la colonia, buscando yacimientos por la superficie del planetoide, no la conocía.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, sí, creo que sí —asintió ella respirando hondo y mirando hacia la torre de control destruida.

—Habrá que colocar una bomba ahí y echarlo todo abajo. Tal como está, sólo acercarse constituye un peligro —opinó Ray Tanner.

—Nosotras hemos visto la lluvia, ha sido horrible —expuso Greenty.

—¿Y cómo es que en el centro de control no habían previsto esta agresión de los meteoritos? —preguntó Tanner.

—Cuando la detectamos y calculamos su velocidad y dirección, ya era tarde para tomar otras medidas que no fueran las usuales de alarma roja. Tampoco conocíamos el espesor total de la nube que ha aparecido de repente en el firmamento. O los sistemas de detección han fallado o esa nube de meteoritos ha cambiado súbitamente de rumbo, lo que parece increíble, porque no obedece a las leyes del espacio.

Al oír aquello, Ray Tanner recordó la nave que había visto detrás de los meteoritos, como si los hubiera estado conduciendo.

Consideró que, por el momento, era mejor no decir nada; había que mantener la esperanza de salvación.

Tras consumir su vaso en un trago largo, puso el cart en marcha y conectó unas cintas musicales en su magnetófono.

En principio la música podía molestar, pero al pasar los minutos resultaría un buen calmante para los nervios.

CAPITULO III

Las estrellas semejaban brillar más. Era de noche y la estrella solar no estaba a la vista. El suelo del planetoide era oscuro ahora, sin la luz que durante el día reverberaba.

Ray Tanner dio la máxima intensidad al foco de luz que el cart tenía delante del morro y ligeramente debajo.

Los cuatro habían enmudecido. A lo desolado que ya de por sí era el paisaje de un planetoide sin atmósfera, pues carecía de vida, de la más mínima planta que alegrara la vista, pues allí no podía existir porque no había aire del que nutrirse para llevar a cabo la fotosíntesis, se unía ahora la desolación de la colonia Two Point.

—¡Qué horror! —exclamó Bruna Stanislawsky—. Esta colonia también ha sido destruida.

Donde estuviera ubicada la colonia, ahora sólo había un cráter calcinado.

La Two Point era infinitivamente más pequeña que la One Point que tenía junto a sí el astropuerto, ahora destruido, pero allí debían haber desaparecido a su vez como medio centenar de colonos terrícolas.

—Poneos los cascos, voy a bajar.

Los cuatro se ajustaron los yelmos y Ray Tanner despresurizó el vehículo guardando el aire en el depósito, bastándole para ello con pulsar el botón correspondiente del salpicadero.

Cogió una potentísima linterna y se apeó del cart, acercándose al borde del cráter que iluminó con el foco.

—No queda nada —musitó Bruna Stanislawsky que se había colocado junto a él y observaba hacia el interior del cráter.

—Es cierto, pero esta colonia no parece haber sido destruida por una lluvia de meteoritos —observó Ray Tanner.

Greenty, que también se había acercado al borde del cráter, dijo:

—Abajo hay mucho calor.

—Ese deber haber sido el motivo de la destrucción —opinó Ray Tanner. Con sinceridad, añadió—: Parece como si hubieran sufrido un bombardeo nuclear.

—¿Un bombardeo nuclear, quién podía lanzar una bomba nuclear aquí? —se asombró Bruna.

—No lo sé, pero quizá lo averiguaremos pronto. Ahora será mejor que nos vayamos de aquí.

Ray Tanner empezó a darse cuenta de que la desaparición de las dos colonias más importantes del planetoide Argent no podía deberse a una casualidad.

¿Quiénes eran los que habían arribado en aquella nave destructora? Lo ignoraba, pero, por si acaso, había que tomar medidas, guarecerse en alguna parte y esperar.

Si los invasores habían arrasado ya dos colonias, era muy probable que exterminaran a todos los terrícolas que pudieran descubrir en la superficie del planetoide e incluso que las dos macronaves que debían orbitar el planetoide Argent hubieran sido ya destruidas al ser atacadas por sorpresa.

Retornaron al vehículo y reanudaron la marcha. Circe le dijo a Ray:

—Tengo hambre.

Sin proponérselo, Ray Tanner se había constituido en el dirigente del grupo de supervivientes. Las chicas estaban hambrientas y se lo decían como si él tuviera obligadamente que darles de comer.

—Dentro de tres o cuatro horas comeremos.

—¿Tan tarde? —casi gruñó Circe, llevándose las manos al estómago.

—Este vehículo es tan nuevo que no he tenido tiempo de cargar suministros, víveres en especial. Sólo lo entregan con el bar lleno para engolosinarte en el momento de la compra. Lo único que os puedo decir es que bebáis whisky u otra cosa, ya habéis visto que aquí no había nada para comer.

—¿Y adonde nos dirigimos ahora? —preguntó Bruna Stanislawsky, ya más recuperada.

—Existe un refugio que compartíamos un grupo de independientes asociados, allí hay de todo. Podremos guarecernos y descansar.

Como si no hubiera ocurrido nada, volvió a conectar el magnetófono. La radio continuaba abierta por si llegaba algún mensaje de alguien que les informara de algo o simplemente pidiera auxilio desde algún lugar remoto del planetoide.

La música fue como un bálsamo para sus maltrechos nervios.

Circe se encargó de repartir bebidas mientras Ray Tanner conducía controlando los obstáculos por radar y viendo el paisaje ante él gracias al potente faro.

Bruna Stanislawsky bebió de su vaso y observó de reojo al independiente que era Ray Tanner. No había tardado en darse cuenta de que lo mismo Circe que Greenty eran dos chicas alegres de la cantina, sin demasiada preparación.

Tanner era otra cosa; era uno de esos hombres aventureros del espacio, seguros de sí mismos.

Recordó que le habían hablado de él como de un buen buscador de yacimientos que luego vendía sin llegar a explotarlos en toda su dimensión. Le bastaba con llevar a cabo un inicio de explotación para demostrar que era rentable y después vendía.

Tanner debía estar acostumbrado a pasar largo tiempo solo en los lugares más ignotos del planetoide e incluso de otros astros que debía haber pisado.

—¿Tratas de preguntarme algo? —inquirió de repente Tanner.

Bruna quedó como cogida por sorpresa.

—Pues… —vaciló—. ¿Crees que hemos sido atacados premeditadamente?

Ray Tanner tardó en responder; era como si toda su atención estuviera concentrada en el horizonte, iluminado por el faro del vehículo que conducía.

—Es lo que parece. De todos modos, sólo es un supuesto.

—¿Quién puede haber deseado atacamos? —preguntó Greenty, aposentada en un asiento posterior.

—No lo sé. En el universo no estamos solos y en este planetoide nos hallamos muy lejos de nuestro sistema estelar, lo que quiere decir que estamos más cerca de otros mundos posiblemente habitados por seres que aún desconocemos.

—¿Invasores de otros planetas lejanos? —se estremeció Circe.

—Será mejor no calentamos la imaginación hasta que no hayamos encontrado algún rastroˆ

—Hasta ahora no hemos descubierto vida inteligente por muchos planetas que hemos explorado.

—Sí, de todos es sabido que como máximo sólo hemos encontrado flora y fauna primaria, pero no vida inteligente; sin embargo, hemos descubierto muchos rastros del paso de seres inteligentes no terrestres. Desde hace siglos nos venimos preguntando dónde se esconden y si son sólo unos o más, me refiero a civilizaciones distintas. El caso es que esta invasión del planetoide no tiene aspecto de haber sido casual.

—Tengo miedo —casi gimoteó Greenty.

—No os preocupéis. La colonia terrícola que tenemos en el planeta Plutón tendrá conocimiento de la alarma roja que se ha producido aquí y cuando no reciban más señales, darán cuenta al

gobierno de la Confederación que enviará naves hacia aquí para ver lo que ha ocurrido.

—Eso ya lo calculamos —observó Bruna Stanislawsky.

—¿Y cuánto tardarán? —insistió Circe.

—Cinco meses como mínimo.

—Cinco meses terrícolas, eso son muchas horas —siguió gimoteando Greenty.

—Las macronaves de transporte habían llegado hacía treinta horas y estaban en órbita.

—Yo he estado lanzando llamadas y no he obtenido respuesta alguna por parte de las macronaves espaciales —objetó Tanner.

—Sí, y la colonia Two Point también ha sido destruida.

Ray Tanner se dijo que era preferible mostrarse jovial dentro de lo que cabía.

Los muertos habían quedado ya atrás y no era cosa de desesperar más a las muchachas con pronósticos pesimistas. Si los invasores eran belicosos, su situación era sumamente delicada, ya que carecían de armamento adecuado para la defensa, ellos no eran milicianos.

No obstante, Tanner sabía que podía disponer de armas cortas, aquellas armas que solían utilizar los aventureros independientes como defensa ante posibles ataques de aventureros indeseables que buscaban el lucro a través del crimen en las soledades del planetoide.

Tener un arma cerca siempre daba cierta seguridad al encontrarse solos en millas y millas a la redonda.

Al fin, Ray Tanner arribó al refugio que no era fácil de descubrir.

Volando por encima de él no podía verse, ya que estaba en la base de una colina de aspecto rocoso y construido en una cueva.

En principio había una puerta-coraza para situaciones de emergencia y tras ella había otra de cristal.

Ray Tanner, tras ajustarse el yelmo lo mismo que las chicas, se

apeó y abrió las puertas. Introdujo el cart en lo que podía considerarse el garaje de la cueva-refugio y cerró las puertas.

Lo llenó de atmósfera tras poner en marcha los sistemas electrónicos de control automático que poseía el refugio.

Cuando se iluminaron los pilotos verdes, los cuatro se quitaron los yelmos y se sintieron a gusto, protegidos en aquel refugio que se adentraba en las entrañas de la colina.

—No hay nadie —observó Circe.

—No, no hay nadie, pero tenemos algunos autocohetes para desplazarnos rápidamente en caso de avería del cart y también encontraremos comida almacenada.

—¿Comida? —inquirió Greenty que había dejado de gimotear hacía ya horas y que demostraba tener mucha hambre.

Se adentraron en el refugio a través de una galería cuyas paredes estaban plastificadas concienzudamente para evitar fugas de aire.

Cincuenta pasos de galería les condujeron a una gran sala en la que había de todo o, por lo menos, de todo lo que pudieran necesitar: frigoríficos, despensas generales, hornos de microondas, mesas, sala de juegos y habitáculos-dormitorio constituidos por panales unidos entre sí y que alcanzaban una altura de dos metros veinte centímetros. Todo tenía un techo común que alcanzaría diez metros de altura.

La atmósfera, perfectamente controlada, tenía suficiente oxígeno y nitrógeno.

Abriré los receptores de radio conectando todas las frecuencias y uniéndolos al magnetófono automático. Si se produce alguna llamada mientras dormimos, quedará grabada.

Bruna opinó:

—Veo que este refugio está muy bien equipado.

—Sí, mis socios y yo gastamos una buena cantidad de dinero en su construcción y equipamiento.

Ray Tanner conectó todo el sistema de radio e incluso puso música ambiental. No deseaba que cundiera la desesperación entre las

mujeres. Por el momento, sólo tenían un refugio, un cart A.H.C. y al m i nos autocohetes.

Si había invasores, allí les sería difícil descubrirles. Otra cosa habían sido las colonias que poseían luces e instalaciones exteriores suficientes para ser detectadas desde mucha distancia. Podrían cenar y dormir tranquilamente y cuando pasaran las horas, verían las cosas en distinta forma.

—¿No enviarás ningún mensaje a las otras colonias? —preguntó Bruna, acercándosele.

—No.

—¿Temes que nos descubran?

—Es una posibilidad a tener en cuenta. Si hay alguien más vivo como nosotros, podrá lanzar su llamada y nosotros la captaremos, pero si ya no queda nadie, no podemos arriesgamos lanzando llamadas al éter. Los hipotéticos invasores las captarían y podrían localizamos y venir hasta aquí para exterminarnos.

Tal como había deseado Ray Tanner, se distrajeron con la música y la preparación de la cena, pues todos estaban hambrientos. Luego, vendría un sueño reparador.

De pronto, Tanner se dio cuenta de que si quedaban aislados durante meses y meses en el planetoide, tendría que habérselas con tres mujeres hermosas. Se las miró sin que ellas repararan en su atenta observación y se fijó en sus cuerpos esculturales, pues las tres se habían quitado los opresivos trajes de supervivencia.

Muslos y caderas firmes y redondas, cinturas estrechas, las tres estaban bien provistas de senos jóvenes y duros, y sus rostros eran atractivos y hermosos. Quizá él no tuviera muchos problemas, pero entre ellas seguro que los habría. De lo que sí estaba seguro era de que como aventurero independiente, no iba a hacer voto de castidad, si es que los invasores no se presentaban en el refugio para destruirles como ya habían hecho con las colonias One Point y Two Point.

CAPITULO IV

Rashell conducía el cart y a su lado, Douglas fumaba un cigarrillo de mentobacco. Tenía los ojos semicerrados y parecía pensativo mientras su compañero devoraba millas y millas sobre el suelo hostil del planetoide Argent.

—¿Crees que cumplirán el trato? —preguntó Douglas, medio volviéndose hacia su socio.

En realidad, eran dos independientes que habían estado unidos a otros independientes, formando sociedades que duraban un tiempo y luego se deshacían para formar otras.

Habían terminado su unión con otros dos independientes, y ahora, desde hacía casi seiscientas horas, estaban solos, sin misión concreta aparente. Sin embargo, tenían un objetivo secreto que no habían revelado a nadie.

—Creo que sí; de todos modos, es un riesgo que debemos correr.

—Sí, un riesgo que puede ser funesto para nosotros. Ignoramos cómo son esos tipos.

—Pronto lo sabremos. De todas maneras, jamás hubiéramos hecho una gran fortuna buscando yacimientos. Ya ves a Ray Tanner,

es el mejor buscador de yacimientos metálicos y elementos radiactivos y no tiene más que para comprarse el último modelo de cart, no le llega ni para una nave carguera con la que poder explotar los yacimientos que encuentre.

—Sí, eso es cierto. Nosotros sólo recogemos las migajas, las grandes empresas son las que se llevan todo el beneficio. ¿Crees que Ray Tanner también habrá muerto?

—Seguro, Douglas, seguro. Estaba en la colonia y, por lo que parece, allí no ha quedado nada en pie, ya lo has visto, no había señales de vida. Ha quedado todo abrasado y había fugas de radiactividad, de modo que si queda algo vivo, pronto dejará de estarlo.

—Nos hemos convertido en unos sucios traidores, Rashell.

—Lo importante es sobrevivir, Douglas. ¿Crees que si no nos hubiéramos puesto de parte de esos desconocidos ahora estaríamos vivos? No, yo no lo creo. Habrían destruido la colonia igual y con nosotros dentro. ¿Para qué morir estúpidamente si se podía hacer un trato?

—Un trato con alienígenas. ¿Te das cuenta de que somos los primeros terrícolas que tenemos tratos con alienígenas?

—Sí, me doy cuenta, y es mejor que no se entere nadie más.

—¿Quién podría enterarse?

—Nunca se sabe. Hemos de salir bien de este asunto. Tenemos una pequeña nave espacial para poder huir de aquí cuando nos paguen. Después, cuando arribemos a otra colonia terrícola, contaremos que hemos sido invadidos por alienígenas y que somos los únicos supervivientes. Proseguiremos viaje hacia la Tierra donde podremos vivir como multimillonarios el resto de nuestros días.

—¿Crees que nos pagarán con platinium tal como hemos pedido?

—Ese fue el trato.

—Por radio, nada más —le recordó Douglas, más desconfiado que Rashell.

—En tratos como éste no se pueden firmar papeles, idiota, aquí

hay que confiar los unos en los otros.

—¿Y si dejamos de interesarles y en vez de pagarnos con platinium nos pagan con el rayo de la muerte?

—Es un riesgo que hay que correr, pero yo también voy armado.

Se palpó la pistola bivalente que llevaba colgada del cinto, láser y ultrasónico a voluntad, según las necesidades se lo exigiesen.

Rashell también llevaba dos fusiles de alta potencia y precisión con infrarrojos automáticos incorporados y disparo automático, de tal modo que podía dejar el fusil en el suelo y se dispararía sólo si aparecía un intruso por las inmediaciones.

—No estoy muy tranquilo, ellos deben ir mejor armados.

—Pero nos temen —le observó Rashell.

—¿Piensas que su tecnología es inferior a la nuestra?

—No lo sé, ya lo comprobaremos cuando nos veamos las caras. De todos modos, si nosotros recelamos de ellos, ellos también recelan de nosotros, por eso han tomado tantas precauciones al acercarse al planetoide. Se han parapetado tras la nube de meteoritos y de este modo se han asegurado de no ser detectados hasta que ya estaban encima.

—Si han podido guiar a los meteoritos contra la colonia, es que tienen un gran poder.

—Sí, es posible, pero ellos no saben cuáles son todos nuestros poderes, es bueno que haya una desconfianza —opinó Rashell.

—De momento, será preferible no decirles que poseemos una nave espacial para lárganos de aquí.

—Una nave que, de no habernos cargado a siete terrícolas como nosotros no habríamos conseguido. Los cogimos bien por sorpresa, ¿eh, Douglas?

—No podían esperar que les atacáramos para robar una nave espacial, en circunstancias normales habría sido un absurdo. Por robar una nave espacial, aunque sea pequeña como la que hemos conseguido, nos habrían atrapado muy pronto, pero sólo nosotros sabíamos lo que iba a ocurrir.

—Sí, por eso los cogimos por sorpresa y desarmados.

Permanecieron un rato en silencio. Rashell detuvo el cart y pidió a su compañero:

—Conduce tú ahora, yo necesito un trago.

Douglas asintió con la cabeza y se situó en la butaca de pilotaje mientras Rashell se colocaba frente al bar y tomaba la botella de whisky, bebiendo directamente del gollete.

—Pásame la botella, yo también tengo la garganta seca.

Ambos bebieron y siguieron adelante en su largo viaje. Tenían unas coordenadas pasa saber dónde estaba su destino.

—¿Qué haces?

—Parar.

—¿Sucede algo?

—Voy a ponerme el traje de supervivencia por si tenemos que salir del cart. En pocos minutos habremos llegado al lugar de nuestro encuentro, no vamos a quedamos todo el tiempo dentro del cart.

—Tienes razón, yo también me vestiré.

Ambos se colocaron los trajes de supervivencia, añadiendo a los cinturones las armas que tendrían listas por si sus nuevos y desconocidos socios adoptaban una actitud hostil hacia ellos. También tendrían cerca los fusiles de gran potencia.

En todo aquel asunto podían ganar mucho o perder la vida; lo sabían y habían decidido seguir adelante, corriendo todos los riesgos.

Rashell manipuló en el cuadro de mandos que tenía en el salpicadero y en pantalla aparecieron unas cifras junto a unas líneas luminosas que se entrecruzaban en un punto.

—Estamos llegando.

Al fin, se detuvieron al borde de una suave hondonada. Dentro de ella estaba lo que iban buscando, reverberando la luz que les enviaba la estrella solar en cuyo sistema se hallaba el planetoide Argent.

La nave era ovalada, extraordinariamente grande y majestuosa. Tenía una pequeña cola que se adivinaba móvil en torno al cuerpo de la nave que no tenía a la vista ninguna ventana o puerta, pero aguzando la vista podían descubrirse pequeñas circunferencias que podían ser los objetivos de telecámaras o sensores varios.

La nave se hallaba posada sobre cinco patas retráctiles y de la panza al suelo habría una altura de tres a cuatro metros.

—¿Qué hacemos?

—¿Que qué hacemos? Pues acercarnos, idiota. Hemos llegado hasta aquí y ya no podemos retroceder, somos socios.

—Pues a mí no me gustan esos socios.

—Si todavía no los has visto —gruñó Rashell.

—Bueno, la verdad es que no me fío. Si ya han destruido la colonia, pueden destruirnos a nosotros también.

Rashell abrió el emisor a través del cual se habían puesto en contacto en anteriores ocasiones con los extraños venidos de otro lugar del universo.

—Atención, atención, los terrícolas amigos Douglas y Rashell llamando al pueblo de Nowi, esperamos respuesta.

Rashell parecía muy seguro de sí mismo, no así Douglas que sentía secársele la garganta. Recordaba en aquellos momentos la primera llamada que recibieran de los extraños; se hallaban solos en el hemisferio sur cuando oyeron la llamada del ser que decía pertenecer al pueblo de Nowi. Les dijeron que les habían interferido las emisiones radiales y que, en cierto modo, ya les conocían.

A partir de aquel momento, se entabló una relación a base de comunicaciones radiales.

Rashell creyó en principio que se trataba de una broma, mas no fue así. Les hicieron preguntas; Rashell, más astuto, les dijo que sólo responderían a través de comunicación por infrarrojos láser, de este modo nadie les podría interferir ni en consecuencia descubrir, ya que si se trataba de llevar a cabo una alta traición, se corrían ciertos riesgos.

Los Nowi aceptaron, y también cuando Rashell pidió diez

toneladas de platinium en lingotes, totalmente puro.

—Podías haber pedido más, te lo hubieran dado.

—¿Qué dices, Douglas? —preguntó Rashell volviéndose hacia su compañero que estaba pensando en voz alta.

—Atención, terrícolas Douglas y Rashell, os oímos perfectamente —les dijeron ahora que empleaban un sistema radial convencional y no el de telecomunicación de láser infrarrojos.

—Seres de Nowi, estamos a la escucha —respondió Rashell.

—Podéis venir a nuestra nave, os será franqueada la entrada. Os esperamos, es nuestro deseo conocer de cerca a nuestros amigos Rashell y Douglas.

—Ahora estaremos con vosotros —respondió Rashell, cortando la comunicación.

Douglas advirtió:

—Yo no voy.

—¿Qué diablos te pasa? ¿Es que no te das cuenta de que si nos quisieran destruir ya podrían haberlo hecho? Fíjate en su nave, es tan grande que mil carts como éste cabrían en su panza.

—Yo no voy, puede ser una trampa. Si nos metemos ahí, ya no salimos vivos —insistió Douglas, desconfiado.

—Mira, si quieres el platinium tenemos que meternos ahí dentro. Nos conviene ser amables y amistosos, ellos tienen la fuerza. Nuestro astródromo está destruido, nadie puede venir en nuestra ayuda y tenemos la nave espacial camuflada entre rocas. Somos vulnerables y hemos de confiar en ellos.

—Yo no entro. ¿Sabes tú cómo son?

—Pues…

—No tenemos ni la más ligera idea de su forma física. Se comunican con nosotros, pero ¿qué capacidad cerebral tienen? Quizá nos vean como insectos idiotas y crean que lo mejor es aplastamos.

—Tienes metido el miedo entre las piernas.

—Puede, pero yo no me quedo aquí vigilando. Si te ves en apuros, llama, yo estaré listo con los fusiles.

—Y si llamo, ¿qué harás, largarte?

—Dispararé contra la nave; puedes amenazarlos si llega el caso.

—Sí, a lo mejor se asustan —rezongó Rashell, sarcástico.

—Estaré vigilando, no me marcharé.

—De acuerdo, pero que los nervios no te hagan cometer ninguna estupidez. Lo pagaríamos caro los dos.

—Lo sé perfectamente, no soy tan idiota como supones. Estamos los dos en el asunto, aunque fuiste tú el que se metió en el lío.

—A ti te pareció bien pasar a formar parte de la lista de los traidores. Diez toneladas de platinium es suficiente para que los dos vivamos con lujo el resto de nuestros días y se acabaron las largas marchas.

Rashell llevaba consigo la pistola y creyó oportuno no cargar con un fusil. Sabía que Douglas era un cobardón, pero necesitaba contar con él para no estar solo frente a los desconocidos Nowi. No sabía qué sorpresas podía depararle aquel encuentro.

Hasta ahora les habían facilitado la aproximación al planetoide Argent, comunicándole datos sobre las posiciones de las colinas. Los Nowi querían más, pero él no se precipitaría en darles lo que buscaban.

Avanzó hacia la nave sin que ésta delatara señales de vida; sin embargo, estaba seguro de que era observado. Cuando llegó cerca de una de la patas, introduciéndose ya debajo de la misma, comenzó a desprenderse de la panza una rampa larga y amplia que llegó hasta el suelo sin brusquedades, perfectamente controlada, una rampa que no poseía muchos grados de inclinación.

Rashell se dirigió hacia ella, pero antes de colocar su bota sobre la misma volvió su rostro hacia el cart dentro del cual quedara Douglas. Destacaba, teniendo por fondo las estrellas.

Rashell comenzó a subir por la rampa hasta que se introdujo en la nave. Pensó en lo que había dicho Douglas sobre que podía tratarse de una trampa. Si quería el platinium, debía arriesgarse y no lo dudó

Se encontró en una pequeña cámara. La rampa seguía abierta y ante él tenía un corredor abierto también, lo que le hizo recelar. Si todo estaba abierto era que dentro de la nave tampoco había atmósfera y si no la había, ¿qué respiraban los seres de Nowi?

Decidido a despejar todas las incógnitas, avanzó por el corredor hasta que llegó a una amplia sala iluminada desde el techo que todo él desprendía luz. En las paredes no había nada tampoco, sillas ni mesas, no había más que los seres de Nowi que en número casi de dos docenas le estaban observando.

Rashell pudo descubrir que eran seres muy altos, en realidad le parecieron androides. Todos eran iguales, como salidos de una cadena de fabricación. Su indumentaria era casi negra y dedujo que podía ser una especie de armadura metálica, lo mismo que sus cascos que se abrían en alas hacia abajo para proteger los hombros.

Los ojos le parecieron artificiales, electrónicos, unos ojos amarillos y fríos. Todo su rostro era impersonal, un rostro en el que prácticamente sólo se veían ojos y una abertura que podía ser la boca.

La estructura general de aquellos cuerpos, sin embargo, era similar a la de los terrícolas. Rashell se tranquilizó un tanto, había tenido que oír infinidad de veces a su compañero Douglas diciéndole que podían ser como pulpos o todavía más raros.

—Vosotros sois androides Nowi, ¿no es cierto?

—Nosotros somos los Nowi y no androides —le replicaron.

Rashell tuvo la impresión de que todos hablaban al mismo tiempo y de que era inútil enfrentarse con uno solo de ellos.

—Pero ¿quién es vuestro jefe? —les preguntó a través de su intercomunicador que en el propio yelmo tenía unas antenas.

Aquellos seres con aspecto de robots debían de poseer también intercomunicadores para captarle, de lo contrario el diálogo era imposible.

—Yo estoy encantado de conoceros y de haber hecho un trato con vosotros.

—El trato será cumplido. Vuestros datos eran exactos y hemos podido destruir las siete colonias terrícolas de este planetoide.

—¿Las siete? —repitió Rashell, preocupado. Sintió como un latigazo de remordimiento; él había sido un traidor.

Hombres y mujeres que él conocía habían desaparecido para siempre. ¿Quién quedaría vivo? Quizá algunos independientes desperdigados por la soledad hostil del planetoide, sin comprender realmente lo que había sucedido.

—Todas las colonias han sido destruidas, ahora no encontraremos resistencia. Nadie nos impedirá encontrar nuestros objetivos.

—¿Qué es lo que buscáis?

—Eso no es de tu incumbencia, terrícola.

—Está bien, pero mi socio y yo queremos lo que aceptasteis darnos en el trato.

—Lo tendréis.

—Quisiera ver ahora los diez mil kilos de platinium.

De pronto, entre los nowi, que por su posición formaban un arco, como por arte de magia apareció una montaña de rutilantes lingotes de platinium.

Los ojos de Rashell brillaron de codicia. Allí estaba el preciosísimo metal puro y en lingotes, no había que cavar en ningún yacimiento, desmenuzar millones y millones de kilos para obtener tan sólo pequeñas cantidades.

Adelantó sus manos hacia los lingotes, pero las bocas de aquellos seres con aspecto de robots se movieron para ordenarle:

—No lo toques. Todavía no te lo has ganado, terrícola.

La montaña de lingotes de platinium desapareció como disolviéndose en el aire.

Rashell tuvo la impresión de que se estaban burlando de él, de que aquella montaña de lingotes de platinium no era más que un espejismo, quizá un truco electrónico.

—Esos lingotes de platinium eran una proyección tridimensional, ¿no es cierto? —gruñó.

—No, no lo es, sólo que tenemos medios para transportar los sólidos de un lugar a otro por desintegración.

Rashell no parecía dispuesto a creérselo. El sistema de hacer aparecer y desaparecer los sólidos era algo que había estado tratando de encontrar la civilización terrícola sin conseguirlo.

—No estoy muy seguro de lo que decís —les advirtió, desconfiado.

Donde antes estuvo la montaña de lingotes ahora apareció uno solo de ellos. El brillo metálico era muy atractivo a los ojos de Rashell que conocía muy bien el valor del platinium dentro del mundo de los terrícolas.

—Cógelo, puedes tomarlo como anticipo —le dijeron, hablándole como siempre todos a la vez.

Rashell no se explicaba su forma comunitaria de actuar, como si todos ellos fueran uno solo.

Avanzó hacia el lingote depositado en el suelo, el traje de supervivencia era incómodo para moverse con naturalidad.

Hubiera preferido que allí existiera atmósfera y no comprendía cómo los nowi no la necesitaban. Algo dentro de él seguía diciéndole que no eran seres biológicos como él, si no robots manejados desde algún lugar ignorado.

Levantó el lingote; era tan pesado que no le cupo duda alguna de que era platinium puro.

—Perfecto —aceptó, sopesando el lingote que debía de formar parte del tesoro con que le pagaban la traición que él y Douglas habían cometido dando las coordenadas de todas las colonias terrícolas en el planetoide Argent y no sólo las coordenadas, sino también sus posibilidades de defensa.

—¿Estás conforme, terrícola?

—Sí, estoy conforme, pero el trato no sólo era de un lingote.

—Todo el platinium os será entregado cuando nos hayáis informado de dónde se encuentra el yacimiento de lo que vosotros los terrícolas llamáis el agua helada.

—¿Es el hielo de agua lo que os interesa? —se asombró Rashell.

—Sí, este planetoide no tiene agua, no tiene océanos.

—Lógico, es un planeta frío a menos que le dé la luz de la estrella solar. El agua que había aquí quedó dentro del planeta cuando éste estaba más caliente y luego, al enfriarse, se congeló.

—Sabemos todo eso, terrícola, pero tú hablaste en anteriores comunicaciones de que habíais descubierto un importante yacimiento de hielo acuoso.

—Es cierto, pero no le dimos demasiada importancia.

La propia colonia One Point tenía un yacimiento importante.

—¿El que tú y tu socio descubristeis era más importante? —le preguntaron todos aquellos seres de Nowi, hablando al unísono.

—¿Es ese yacimiento lo que os importa?

Rashell comprendió que aquel hielo debía de ser muy importante para aquellos seres cuando para conseguirlo habían destruido todas las colonias terrícolas. Les hubiera sido más fácil descender sobre el planetoide y pactar con el comisionado que representaba a los terrícolas y nadie se hubiera opuesto a que exploraran el yacimiento de hielo. ¿Quién podía oponerse a que no se llevaran el hielo? ¿Por qué matar entonces y buscarse el peligro de una guerra?

—Le dimos poca importancia y no recuerdo el punto exacto donde se encuentra. En este planetoide todo es tan parecido... No hay océanos, no hay bosques ni grandes montañas, es muy fácil perderse.

—Nosotros deseamos encontrar ese yacimiento de hielo. Vosotros disteis unas características y nos parecieron buenas.

—¿Buenas, es que os queréis llevar todo el hielo del planetoide?

—Sí, eso es lo que nos interesa.

—Lo tendréis —hizo una pausa—, pero, antes, tendremos que reencontrar el yacimiento.

—Tenemos prisa por encontrarlo, terrícola.

En las palabras de los nowi, Rashell captó casi una amenaza que

no podía olvidar.

—Debo de buscar con mi socio. No le dimos mucha importancia al hallazgo. Entre los terrícolas, el hielo acuoso no tiene mucho precio pese a que en las colonias se consume en grandes cantidades licuándolo. De ese hielo obtenemos el agua que nos hace falta que es mucha, no olvidéis que pertenecemos a un planeta cuya superficie es agua en su mayor parte. Nosotros mismos tenemos un sesenta por ciento de agua en nuestros cuerpos y necesitamos consumir una buena cantidad diariamente. Sin embargo, en este planetoide existe el agua suficiente para desenvolvernos bien.

—Nosotros deseamos el pozo que vosotros calculasteis tendría una profundidad de cuatro mil kilómetros.

—Sí, lo recuerdo, un pozo de más de cuatro mil kilómetros. Lo comprobamos mediante sondas magnéticas.

—¿Cuánto tardaréis en encontrar el yacimiento de hielo acuoso? —preguntaron todos los nowi al mismo tiempo.

—Cuarenta y ocho horas, quizá setenta y dos, no creo que más.

—Esperaremos setenta y dos horas. Si pasáis del plazo, os arrepentiréis, terrícolas. Marchad y comunicad cada hora vuestra posición, iremos siguiéndoos.

—No hace falta, ya os avisaremos cuando hayamos reencontrado el pozo de hielo.

—Todas las colonias han sido barridas ya, nadie puede impedir nuestra comunicación por radio. Para vuestras comunicaciones, los terrícolas ya distribuisteis repetidores radiales en los puntos estratégicos de este planetoide. No faltará la comunicación pese a que no hay atmósfera.

—De acuerdo, lanzaremos mensajes posicionales cada hora. Ahora, me marcho, pero antes quiero preguntaros algo.

—¿Cuál es tu pregunta, terrícola?

—¿Vosotros no necesitáis atmósfera para vivir?

—No.

Rashell, que no podía comprenderlo, volvió a preguntar:

—¿Vivís sin respirar?

—Sí.

Le hubiera gustado preguntarles cómo oxidaban los alimentos dentro de sus cuerpos, pero los vio tan metálicos que prefirió callarse.

Rashell abandonó la nave llevando el pesado lingote de platinium entre sus manos. Aquel precioso metal no era una ilusión, no era una simple proyección tridimensional que podía engañarle. Era algo real, tangible, que hizo abrir los ojos de admiración a Douglas cuando lo vio al entrar Rashell de nuevo en el cart.

—¿Lo traen consigo?

Antes de contestar, Rashell desconectó los intercomunicadores del propio cart para no ser escuchados desde la gran nave de los extraños nowi.

—Sí, llevan el platinium en su nave, pero no nos pagarán hasta que les digamos dónde está el pozo de hielo de gran profundidad que descubrimos antes de pactar con ellos.

—¿El pozo de hielo acuoso, estás seguro?

—Sí.

—Eso no es de gran valor.

—Pues es lo que a ellos les interesa.

—¿Y por qué no les dices dónde está, cobramos y nos largamos?

—Porque si les digo dónde está, ahora mismo, sin tomar medidas, en vez de pagarnos nos exterminan y se acabó el pacto.

—¿Les crees capaces de traicionarnos?

—Tanto como lo hemos hecho nosotros con nuestros hermanos de las colonias. No, Douglas, hay que tomar precauciones. Vámonos, ya te iré explicando.

Puso el cart en marcha y se alejaron de aquel lugar donde quedaba quieta, majestuosa y a la espera, la gran nave invasora en el planetoide Argent.

CAPITULO V

Bruna Stanislawsky se acercó a Ray Tanner que se hallaba manipulando en el magnetófono y el panel de telecomunicación con que estaba dotado aquel refugio para buscadores de yacimientos.

—¿Hay algo nuevo?

Ray se volvió hacia ella con gesto pesimista.

—Nada.

—¿Nada de nada? ¿Y en la colonia Seven Point?

—Ninguna de las siete emite llamadas; hay que considerarlas destruidas a todas.

Hacía poco que Bruna Stanislawsky había despertado y se había duchado para quitarse el ligero atontamiento que sentía.

—¿Qué es lo que ha podido ocurrir? —preguntó.

—Por ahora es difícil saberlo, sólo podemos hacer suposiciones —dijo, sin dejar de manipular los aparatos que tenía ante sí.

—Pero algo muy grave ha sucedido para que todas las colonias

hayan sido exterminadas.

Ray Tanner exhaló un suspiro.

—¿Para qué callar más? Hemos sufrido una invasión.

—¿Seguro?

—Yo vi caer los meteoritos sobre la colonia One Point como si estuvieran dirigidos por una fuerza inteligente.

—Eso me pareció a mí, pero es absurdo que alguien pueda guiar una nube de meteoritos hacia un objetivo concreto.

—Te parecerá absurdo —le dijo, tuteándola con naturalidad, consciente de que iban a pasar mucho tiempo juntos si es que no morían también, exterminados por los invasores—. Piensas siempre en razón a los medios de los que nosotros los terrícolas disponemos, en razón a nuestra civilización, pero ¿qué sabemos de los poderes de otros seres no terrícolas?

—No existen otros seres no terrícolas, eso ha quedado ya más que demostrado.

—¿Qué dirías si detrás de la nube destructora de meteoritos hubiera una nave espacial?

—¿Una nave espacial? —repitió incrédula.

—Sí, yo la vi con mis propios ojos,

—No es posible.

—Sí lo es. Vi caer los meteoritos refugiados en los farallones y vi también la nave espacial que surgió de detrás de la nube de meteoritos. Aunque parece algo extraordinario, yo diría que utilizaron alguna fuerza para dirigir los meteoritos hacia la colonia One Point, la capital de las colonias terrícolas en el planetoide.

—Es difícil creer lo que cuentas.

—Pues es cierto y yo diría que las otras colonias, consideradas de menor importancia, sin astropuerto en el que pudiera haber naves dispuestas a partir, fueron más fácil víctima de esa nave que las cogió desprevenidas. No poseían nada con que defenderse cuando fueron atacadas con bombas termonucleares.

—¿Y quién puede llegar en esa nave espacial que desea destruir las colonias que aquí tenemos?

—Que desea, no, Bruna, di que ya las ha destruido.

Bruna Stanislawsky tuvo que recordar que ella misma habían dudado que los meteoritos hubieran seguido una trayectoria natural y lógica en las leyes del cosmos. Su propio jefe también había quedado desconcertado ante la súbita aparición de la nube de meteoritos que se dirigía hacia ellos.

Los sensores que poseía la torre de control de la colonia One Point debían haber descubierto la caída de los meteoritos con mil horas de anticipación, por lo menos.

Para situaciones de emergencia como aquélla, disponían de misiles nucleares que se disparaban hacia la nube de meteoritos, fundiéndolos en gran parte y diseminándolos después, pero aquel sistema de lanzarles cohetes nucleares no servía cuando los meteoritos estaban cerca, ya que la onda térmica les alcanzaría a ellos también y encima les caerían meteoritos incandescentes y cargados de radiactividad.

Un meteorito en ignición poseía un poder de perforación muchas veces superior al mismo meteorito estando frío. La brusca aparición de los meteoritos había hecho que no pudieran utilizar el sistema de defensa antimeteorítico. Habían tenido que confiar exclusivamente en las corazas de acero-plástico y éstas no habían resistido.

—Ignoro quiénes pueden ser, pero habrá que averiguarlo.

—¿Cómo?

—Saldré a investigar.

—Dirás, saldremos —le corrigió Bruna.

—Será mejor que vaya solo, me moveré con más ligereza.

—Pero, abandonamos aquí…

—Este es un refugio seguro que sólo conocían unos pocos independientes. Si hay unos invasores extraños desconocidos, no descubrirán con facilidad este refugio que en su parte exterior no tiene nada que lo delate. Las antenas están disimuladas entre las

rocas. Lo que haréis es no emitir ninguna llamada por radio ni radiovisión. Tú eres una ingeniero de telecomunicaciones y sabrás lo que tienes que hacer. Sólo mantente a la escucha por si captas algo. Yo no haré ninguna llamada salvo que sea totalmente imprescindible. Una llamada nuestra podría ser detectada y nos localizarían, a mí en el cart o a vosotras en el refugio.

Hizo una pausa. Bruna le gustaba, le había gustado desde el primer momento y se había dado cuenta de que la bellísima ingeniero de telecomunicaciones albergaba algo más que gratitud hacia él, el hombre que la había salvado de morir en una agonía lenta, atrapada bajo un montón de hierros, trampa de la que ella, por sí misma, no hubiera podido liberarse. El oxígeno se le habría ido consumiendo hasta la muerte por asfixia, lo que habría tardado en ocurrir gracias a la pastilla de oxígeno incorporada al traje de supervivencia y de lenta descomposición.

—Pero ¿qué puedes hacer tú solo si descubres a esa nave invasora y exterminadora?

—No lo sé, pero es importante que la descubra, que averigüe lo que se propone.

—Si ellos te descubren a ti, te exterminarán.

—Es un riesgo que he de correr.

—¿Y cómo sabremos nosotras que a ti te ha sucedido algo?

—Dejaré un mensaje grabado en el intercomunicador del cart, dispuesto para ser lanzado al aire cada hora. Cinco minutos antes de que se cumpla el tiempo, lo desprogramaré y lo dejaré para otra hora. Si en alguna ocasión no lo he podido desprogramar y el mensaje sale al aire y lo captáis aquí, ya os podéis olvidar de mí. Si llega ese momento, lo mejor es que lancéis mensajes de S.O.S. con una breve explicación a nuestra colonia en el planeta Plutón para que vengan en nuestra ayuda.

—Si enviamos ese mensaje, tampoco nosotras viviremos mucho tiempo.

—Te daré el mapa de otro refugio. No es tan grande como éste, es mucho más pequeño, para emergencias, pero posee alimentos y atmósfera suficiente para pasar unos meses si os controláis. A ese refugio, después de lanzar los mensajes aquí, podéis llegar con los autocohetes. Si lográis alcanzar el refugio, os guarecéis en él y a

esperar, porque cuando reciban el mensaje desde Plutón enviarán rápidamente naves para salvaros. Puedes incluir en el mensaje algo de la invasión por parte de unos seres desconocidos.

—¿Desconocidos? Pero ¿de dónde pueden haber llegado?

—Lo ignoro, tengo que ir a ver lo que averiguo. Vosotras os quedáis aquí, tenéis comida, atmósfera y armas por si sois sorprendidas.

—¿Armas?

—Sí, pistolas y fusiles. No es gran cosa, pero os podéis defender con ellas.

—¿Frente a seres que poseen cohetes termonucleares?

—La sorpresa es la mejor aliada. Ya sabemos qué es lo que han hecho con nuestras colonias, de modo que si se os ponen a tiro disparad y no perdáis el tiempo haciendo preguntas.

—¿Así de simple?

—Sí. disparad, disparad. Tú sabes manejar las armas.

—¿Greenty y Circe también?

—¿Ellas? No, no lo creo, pero en el tiempo que paséis aquí puedes enseñarles un poco. Tú estás más preparada, no eres una simple mujer objeto.

—Aprendí el manejo de las armas, pero no las he tenido que emplear jamás.

—Es suficiente con que sepas manejarlas. Enseña mientras a Circe y a Greenty. Evita que las chicas se desmoralicen y cometan una tontería.

—¿Por qué no las despiertas antes de marcharte?

—No, ellas no entenderían como tú que he de salir de aquí para ver qué puedo averiguar. No sabrían comprenderlo, tú eres distinta.

—¿Estás seguro de que soy distinta?

—Sí. No perdiste la calma cuando te hallabas en la desesperada situación en que te encontré. Allí podías haber muerto y lo sabías,

tienes nervios de acero.

—No quisiera tener que pasar de nuevo por la misma experiencia —confesó, sincera.

Ray Tanner se le acercó y la cogió por los hombros con naturalidad, con una gran franqueza de movimientos que no hizo desconfiar a Bruna.

—Si te encuentras en una situación desesperada, lanza el mensaje de socorro y con el autocohete os dirigís al otro refugio; pero si no pasa nada, es posible que lance yo mismo el mensaje desde el otro refugio. De este modo, si es localizado, irán hacia ese lugar a destruirlo pero no vendrán aquí. Para todo eso he de moverme, he de ver antes a los invasores. Después me dirigiré al otro refugio y enviaré el mensaje al planeta Plutón para que sepan a qué atenerse. Luego retomaré aquí. Si yo mando ese mensaje, ya no será necesario que lo lances tú y os

podéis quedar aquí, esperando. Este es un buen refugio.

—¿De verdad lo podremos captar aquí si tú lo lanzas desde el otro refugio?

—Seguro que sí. Los telecomunicadores que tenemos aquí son muy buenos, nos costaron un dineral. Se trata de que coordinemos todos nuestros movimientos, sin perder la calma. Ellos no deben detectarnos y si lo hacen, yo vendré aquí porque habrán descubierto el otro refugio, o tú irás hacia el otro refugio porque os habrán descubierto a vosotras. ¿Comprendes mi idea?

—Sí, pero preferiría que estuviéramos todos juntos.

—No, es preferible dividimos; de este modo, si alguno cae, quedarán otros.

—¿Nosotras?

—Sí.

—¿Y por qué has de ser tú quien se sacrifique?

—Porque puede ser que al descubrirles me acerque demasiado y tenga que luchar contra ellos y yo estoy más acostumbrado a esas cosas. Me las he tenido que ver bastantes veces con aventureros sin escrúpulos.

—Tú piensas que soy más valiente, pero también tengo miedo, Ray.

—No serías humana si no lo tuvieras. La situación e9 muy difícil y hay que hacer algo, no podemos esconder la cabeza. Hay que salir afuera y buscar a los invasores, es un riesgo y no conviene que lo corramos todos al mismo tiempo. Si nos coordinamos tal como te he dicho, es probable que consigamos algo, aunque sólo sea que les den su merecido a esos invasores desconocidos, claro que ahora me gustaría hacer algo que…

Ella, que seguía cogida por los hombros, no rehuyó la mirada de Ray Tanner aunque parecía leer en las pupilas del hombre.

—¿Algo entre tú y yo?

—Sí.

—Algunos dicen que cuando se va a morir, todo goce está permitido; por eso, desde la antigüedad, se ofrece a los condenados la última voluntad que solía cumplirse estrictamente.

—No se trata de cualquier goce.

Se inclinó sobre los labios femeninos y los besó.

Bruna Stanislawsky sintió una oleada de percepciones diminutas que iban de sus labios a su cuerpo y a su mente; era como si los sentidos se trastornaran y veía luz y oía algo que sonaba como un runruneo divino. En circunstancias normales, habría aguantado hasta cierto límite, pero ahora, viéndose al borde de la muerte en la soledad de un planetoide hostil, invadido por seres desconocidos que exterminaban a las colonias terrícolas en forma fulminante, no tenía objeto que guardase unas ciertas formas sociales e incluso antinaturales, porque ella ansiaba amar y ser amada.

Era como si el pasar por el terrible trance de hallarse al borde de la muerte la hubiera hecho recapacitar sobre su vida, lo que había dejado de hacer. Era como si, de pronto, comprendiera que deseaba estar en un prado verde, junto a un río rutilante de destellos, bajo el cielo azul del planeta Tierra, sin nada que aprisionase su cuerpo y junto al hombre que amaba, junto a Ray Tanner que murmurase encendidas palabras en sus oídos que le sonasen tan a gloria como el rumor de las aguas del riachuelo.

Sí, deseaba todo aquello y también lanzarse al agua, retozar en

ella y jugar a que se escapaba, chapoteando para que al final el hombre la atrapara con sus brazos poderosos, la elevara en el aire demostrándole su poder, su fiereza, y el agua que empapaba a ambos se escurriera junta por los pies de él que regresaría al prado verde

Entonces, el cielo semejaría dar vueltas, el sol cambiaría de color, la mullida hierba temblaría bajo ellos o ellos sobre la hierba y después vendría la paz en oleadas, mezclada con gemidos, exclamaciones y respiraciones profundas, entre palabras musitadas quedamente.

Sí, todo aquello era lo que deseaba Bruna Stanislawsky, pero no tenía palabras para expresarlo y lo hizo con sus labios, besándole a su vez.

Ray Tanner la rodeó con su brazo por la espalda y la elevó en el aire.

Bruna no se quejó y con los ojos cerrados, se dejó llevar. Los brazos del hombre la depositaron sobre el cómodo lecho de uno de los habitáculos.

—No, Ray, por favor, ahora no...

Sus palabras de protesta carecían de fuerza y así debió de estimarlo Ray Tanner, porque se volcó sobre ella y volvió a besarla en los labios, en el cuello. Y para seguir besando su piel sin trabas, la fue desnudando lenta, muy lenta pero progresivamente.

CAPITULO VI

Cargó en el cart todo lo que creyó que podía necesitar, incluyendo la pistola bivalente y un fusil de alta potencia. Le hubiera gustado poseer algunos misiles nucleares de tipo portátil, pero en el planetoide no existían más misiles nucleares que los que habían desaparecido bajo la colonia One Point y que no llegaron a ser utilizados.

Saldría adelante con lo que tenía si empleaba la astucia. Llevaba linterna de potente foco luminoso y también víveres suficientes por si tenía que pasar un par de días o más fuera y un autocohete.

Después de dejar grabado un mensaje para Greenty y Circe y dejar a Bruna Stanislawsky adormilada en la cama, puso el cart en marcha.

Despresurizó la antesala de entrada al refugio y lo abandonó dejando los automáticos preparados para que se cerraran solos. Allí, las tres chicas no disponían de ningún cart para trasladarse, pero poseían los trajes de supervivencia y juegos de autocohetes para salir volando y llegar sin problemas al otro refugio.

No le gustaba dejarlas solas, pero había que hacerlo si quería acercarse a los invasores lo cual, por otra parte, sabía bien que podía costarle muy caro.

Era de noche y se alejó sin luz del refugio para no ser detectado con facilidad. Reguló la velocidad del atom-hover-craft y condujo fiándose del radar para sortear los obstáculos.

Parecía tener una idea clara de la dirección a seguir y mientras avanzaba, escrutaba el horizonte a través del cristal parabrisas.

Sólo veía estrellas, miríadas de estrellas centelleantes. Ya fuera de noche o de día, siempre estaban a la vista las estrellas que semejaban parpadear en el espacio, nunca nada las ocultaba.

No había nubes, calinas ni nieblas, nada; las estrellas siempre estaban rutilantes sobre sus cabezas, era la ventaja o la desventaja de carecer de atmósfera.

No llevaba el yelmo colocado, su cabeza aparecía al descubierto por encima del cuello redondo del traje de supervivencia que sí llevaba puesto, con la pistola al cinto.

Respiraba la atmósfera que le proporcionaba el propio vehículo, aquel cart de lujo que sólo había pegado en parte a unos hombres que ya no existían.

Recordó a Bruna y se sintió muy bien. Era como si ya no le importase morir, aunque, por otro lado, ahora deseaba regresar cuanto antes para volver a estrecharla entre sus brazos y amarla hasta la extenuación, dos sentimientos contradictorios que le hacían igualmente feliz.

Llevaba el aparato receptor de telecomunicaciones abierto cuando captó un mensaje que cruzaba el espacio y que debía ser rebotado por los repetidores de telecomunicaciones, ya que allí, al no haber atmósfera, las señales de radio se perdían al desaparecer la línea recta.

—Terrícolas llamando a Nowi…

—Nowi recibimos bien a terrícolas, Nowi recibimos bien a terrícolas.

Había habido respuesta y los que primero llamaran, volvieron a hablar:

—Todo sigue bien, continúa búsqueda.

—Mensaje recibido, seguimos a la escucha.

La comunicación se cortó y Ray Tanner frunció el ceño. No le cabía duda ya de que algunos terrícolas estaban ayudando a los invasores que, al parecer, se llamaban Nowi, lo que para Tanner significaba muy poco, ya que jamás había oído hablar de ellos.

Obviamente, estaban entrecruzando mensajes como si tuvieran la certeza de que nadie vivo quedaba en el planetoide Argent.

Miró el espectro automático de las coordenadas trazadas gracias a la captación de los mensajes; pulsó varias teclas y el pequeño computador que llevaba consigo le dio unos resultados que le hicieron pensar.

Cambió el rumbo del cart, avanzó casi media hora y luego lo escondió entre unas rocas para que no fuera descubierto con facilidad, ni siquiera con infrarrojos, ya que las propias rocas actuarían como una muralla.

Se puso el casco de supervivencia, despresurizó el cart, abrió la puerta y sacó al exterior el autocohete que se colocó a la espalda. Echó a andar y caminó más de media hora hasta que descubrió la gran nave invasora metida en una hondonada que no la hacía visible desde el horizonte.

La gigantesca nave, posada en el suelo del planetoide sobre sus cinco patas retráctiles, parecía fría y expectante.

Toda ella despedía una ligera luz, semejante a la que pudiera reflejar una nave espacial terrícola que estuviera recibiendo los rayos de una estrella solar.

Ray Tanner se echó al suelo. Aunque la nave no parecía tener ventanas, estaba seguro de que tendrían buenos sistemas de vigilancia. Acercarse a ella sería un suicidio, en cualquier momento y desde cualquier punto de la nave podían dispararle el rayo de la muerte y dejarle desintegrado entre las piedras. No podía arriesgarse a ser descubierto.

Aquellos seres, sin preguntar nada ni hacer proposiciones de paz y amistad, habían destruido las colonias terrícolas arrasándolas. ¿Qué podía esperar de ellos? Tenía que pagarles con la misma moneda.

Se mantuvo quieto, a la expectativa, hasta que al fin vio descender por la rampa que la nave poseía en su panza a dos de los extraños. Los observó a distancia y a la escasa luz que despedía la propia nave invasora.

Eran dos sujetos altos y negruzcos. Tanner hubiera jurado que se trataba de dos robots. Aguardó expectante a que salieran otros de la nave, pero no fue así.

—Os va a salir sarpullidos, hijos de la mala sombra —gruñó entre dientes mientras apuntaba con su fusil al alienígena que estaba más cerca de la rampa; de este modo, el otro siempre tardaría más en encontrar el refugio.

Apretó el gatillo y brotó el chorro incinerante del fusil polivalente que sujetaba firmemente entre sus manos.

El nowi fue alcanzado de lleno. Del color negro pasó al rojo y luego, al blanco. Estalló, saliendo hecho pedazos en todas direcciones.

Tras comprobar que había acertado, cambió de objetivo volviendo a disparar. Cazó al otro nowi que trataba de alcanzar la rampa y también estalló como su hermano.

La nave se iluminó de pronto con más intensidad, adquirió una tonalidad iridiscente y semejó silbar o ulular aunque no se oía nada; sin embargo, Ray Tanner, con el cuerpo pegado al suelo, captaba vibraciones.

La nave invasora debía estar colocando sus motores a la máxima potencia mientras cerraba su rampa ante el inesperado ataque. De las paredes donde segundos antes no parecía haber nada, comenzaron a brotar rayos que barrieron el entorno, deshaciendo hasta las rocas.

Ray Tanner tuvo idea de disparar contra la nave y aunque supuso que su arma probablemente nada pudiera contra ella, optó por dispararle a las patas y lo hizo contra dos de las patas laterales.

Tanner sabía que estaba poniendo furioso a aquel gigante del espacio. Una vez más se repetía la lucha entre David y Goliath, aunque no podía decirse todavía que el pequeño David, en este caso Ray Tanner, hubiera vencido al gigante.

Como si de un gigantesco cangrejo se tratara, al serle rotas dos de sus patas se tambaleó y revolvió furioso, disparando en todas direcciones, especialmente hacia el punto desde donde era atacado.

La gran nave descendió, ocultando sus patas y apoyando su panza en el suelo. Ray Tanner disparó contra el casco de la nave, pero tal como había supuesto, sus disparos rebotaron sin causarle ningún daño.

Sus éxitos iníciales se habían cortado, dos de las patas estaban rotas, pero el casco resistía.

Ray Tanner cambió el tipo de disparo y le envió una andanada de superultrasónicos en chorro. Notó que la nave temblaba pero resistía. Después comenzó a elevarse para mejor encontrar a su enemigo desde lo alto.

Ray Tanner comprendió que si se situaba por encima de él, estaría perdido porque le dispararían a placer, desintegrándolo.

No podía prolongar el ataque porque sucumbiría y optó por la rápida retirada. Aquella nave podía alcanzar grandes velocidades, de eso no le cabía duda alguna, pero tenía que ser más lenta que él en el despegue.

Puso en marcha el autocohete y salió disparado, dejando una estela luminosa tras de sí cuando la nave invasora, como aturdida, como si poseyera vida propia, se elevaba por encima de la hondonada, buscándole.

Ray Tanner no cometió el error de alejarse tomando altura con el autocohete, si no que huyó a gran velocidad pero lo más pegado al suelo que pudo.

Los invasores Nowi le descubrieron y dispararon rabiosos, pero ya Ray Tanner contaba con ello y se alejó en zig-zag, pudiendo ver cómo rocas enteras quedaban pulverizadas junto a él.

Tanner se metió en una oquedad entre rocas. Detuvo el autocohete y se adentró en lo que era una mina abandonada.

Mientras, la nave de los Nowi ya se desplazaba vengativa por el espacio, a unos cien o quizá más pies de altura, buscando a quien osara atacarles. La nave iba pulverizando todos los montículos que quedaban bajo ella, como si tratara de arrastrar todos los posibles refugios.

El suelo tembló ante tanta destrucción y Tanner, dentro de la vieja mina abandonada, vio caer cascotes del techo. La galería empezaba a hundirse.

Regresó a la salida y se asomó al exterior, viendo cómo la nave se alejaba iluminando el suelo por donde pasaba al tiempo que arrasaba cualquier promontorio que encontraba.

«He conseguido ponerles furiosos, ahora me buscarán», pensó Ray Tanner.

Tuvo el acierto de escapar en dirección contraria a la que había dejado el cart, por lo que retrocedió y caminando para no ser detectado. Mientras, ya muy lejana, veía la nave invasora.

Había comprobado que la nave era vulnerable en sus apéndices retráctiles y los propios nowi, si eran tocados por los disparos de fusil, podían ser eliminados con facilidad.

No obstante, cuando la nave se cerraba para remontar el vuelo, se convertía en inexpugnable, las armas de que disponía Ray Tanner no servían absolutamente de nada contra ella.

Otra cosa sería si consiguiera meterse en su interior…

Sin ser descubierto, llegó junto al cart y se introdujo en él. Quedó quieto y aguardó hasta perder de vista la nave nowi. Estaba seguro de encontrarla de nuevo si la buscaba; el problema principal de aquella nave era su gran tamaño, prácticamente no podía ocultarse. En cambio, Ray Tanner sí podía meterse entre rocas con su cart y permanecer escondido.

Esperaba que Bruna cumpliera lo que le había pedido y no enviara ninguna señal de telecomunicación que delatara su presencia. Si eran descubiertas, sin duda alguna serían exterminadas dentro del propio refugio.

Se alejó de aquel lugar a bordo del cart sin encender luz alguna.

Su objetivo era ahora el pequeño refugio del que hablara a Bruna. Desde allí enviaría un S.O.S. con una explicación de lo sucedido a la colonia terrícola en el planeta Plutón y ellos reexpedirían el mensaje a la Tierra.

Lo que Ray Tanner ignoraba en aquellos momentos era que la situación de las tres muchachas que había dejado en el refugio iba a pasar a ser delicada, excesivamente delicada.

CAPITULO VII

—¿Qué haces? —preguntó Douglas.

—¿Me crees idiota? —gruñó Rashell.

—Yo no he dicho eso —concilio—. Estás de muy mal humor.

—Simplemente que trato de tomar precauciones. Tú no piensas, la cabeza te pesa pero es de plomo.

—Ya está bien, ¿no?

—De acuerdo, de acuerdo, no te llamaré más cretino... Mira —le mostró un micromagnetófono equipado con reloj de guarismos automático y programable.

—¿Qué es esto?

—Una llamada que se producirá dentro de media hora.

—¿Por qué no hacemos nosotros esa llamada directamente?

—Mejor dejar el magnetófono aquí, entre unas rocas. Esos nowi nos estarán siguiendo. Cada mensaje les sirve para establecer las coordenadas de nuestra posición; así, en todo momento, saben dónde

estamos. Es preferible que tomemos todas las precauciones. Es posible que cuando les digamos exactamente dónde está el yacimiento de hielo nos paguen con el platinium y nos podamos largar, pero también es muy posible que no nos quieran pagar cuando ya tengamos el hielo que quieren y luego vendrá nuestro exterminio.

—¿Cómo podremos evitarlo?

—Con astucia. Ahora nos iremos al refugio, allí estaremos a salvo.

—Esperemos que no lo descubran o estaremos perdidos.

—No, porque siempre tendremos nuestra nave espacial bien escondida. No es bueno ir hacia la nave hasta el final, porque si la localizaran, la destruirían. Nos interesa más que descubran el refugio que la nave, será como darles un cebo para que se entretengan.

—Pero les dirás dónde está el yacimiento de hielo, ¿no?

—Sí, claro que sí, pero en el momento en que nos den el platinium. Hay que hacerles esperar un poco, ponerles nerviosos.

Rashell era quien conducía mientras Douglas se estaba bebiendo un bote de cerveza helada gracias al bar del cart. Aquellos vehículos estaban dotados de todas las comodidades para recorrer grandes distancias por la superficie hostil de planetoides como el Argent.

—¿Y si descubren que les estamos tomando el pelo dejando los mensajes grabados por ahí, entre las piedras?

—Les diremos que tomamos precauciones, no tenemos por qué fiamos del todo. Al fin y al cabo, sólo nos han dado un lingote de platinium, lo que indica que ellos tampoco se fían de nosotros.

—Es verdad, podían habernos dado ya las toneladas de platinium que les pedimos. No creerán que vamos a escapar, ¿verdad?

—Quizá sí lo piensen. Pueden estar muy avanzados en tecnología, pero intuyo que temen nuestra astucia, ya te digo que son como robots.

El cart llegó delante del refugio abierto en la roca. Rashell abrió la entrada por telemando y luego el vehículo, silenciosamente, se deslizó hacia el interior.

La puerta volvió a cerrarse tras ellos y el pequeño garaje para vehículos comenzó a presurizarse. Cuando la atmósfera estuvo en su punto óptimo para la respiración de los humanos terrícolas, se apearon del cart sin el yelmo.

—Aquí podemos descansar un poco e ir tomando nuestras medidas.

Abrieron la puerta que comunicaba con la galería que conducía a la gran sala situada en las entrañas de la colina rocosa. Allí había luz y los dos quedaron muy sorprendidos al verse ante tres mujeres asustadas.

Una de ellas les apuntaba con una pistola, era Bruna Stanislawsky que les preguntó:

—¿Quiénes sois?

—¡ Douglas! ¿Has visto?

—Sí, sí, ya veo, tres mujeres y a cuál más bonita.

—¿Quiénes sois? —insistió Bruna sin dejar de encañonarles.

Rashell, que parecía haber comprendido la situación, explicó:

—Hemos escapado del desastre de la colonia Six Point. Nos dirigíamos hacia ella cuando hemos visto que quedaba destruida por una explosión. Fuimos luego a la Seven Point y también estaba arrasada. Hicimos repetidas llamadas a la One Point y no respondieron, por lo que hemos decidido venir a este refugio y enviar desde aquí un S.O.S. a Plutón para que vengan en nuestra ayuda, pero veo que vosotras también os habéis salvado, de lo que nos congratulamos.

—Sí, estamos todos de suerte —apoyó Douglas, siguiéndole el juego a su compañero. Se trataba de barrer el recelo que las tres mujeres sentían hacia ellos.

—¿Por qué les apuntas, Bruna? —intervino Greenty—. Son como nosotros y a Rashell, yo le conozco.

—Pues claro que me conoces... Ya ves las jugarretas que nos gasta el destino, Greenty.

—Sí —exclamó la joven de los cabellos verdosos, yendo al

encuentro de Rashell y abrazándole.

Ante la expresión abierta de Greenty, Bruna Stanislawsky bajó su arma y explicó:

—Temíamos que se presentaran los invasores, estábamos dispuestas a defendernos.

Después introdujo el arma en la funda que colgaba del cinturón que ceñía su delgada cintura.

—Es mejor estar acompañados que solos —se felicitó Douglas.

—En este refugio lo podemos pasar magnífico —opinó Rashell —. Quién iba a pensar que encontraríamos a estas chicas tan guapas aquí.

—¡Rashell, somos los tipos más afortunados del cosmos! —gritó Douglas, espontáneo y eufórico.

—No siempre se tiene esta suerte, muchacho, hay que aprovecharla —dijo Rashell poniendo sus manos sobre las caderas de Circe, que se contorneó provocativa.

La situación no gustó a Bruna. Ella no era una mujer-objeto como Greenty y Circe que vivían de hacer felices a los hombres cuando éstos llegaban a la cantina con los bolsillos llenos de dinero.

—¡ Ricos y afortunados! —exclamó Douglas.

—¿Ricos? —repitió Greenty, interesada.

Bruna frunció el ceño e interrogó:

—¿Ricos, cómo os habéis hecho ricos?

Rashell, más astuto que su compañero, comprendió que podían tener un tropiezo y explicó:

—Tenemos algo de dinero ahorrado y como han destruido las colonias, no tenemos dónde gastarlo.

—En ese caso no sirve de nada ser rico —le replicó Bruna.

—Bah, no hablemos de lo que no podemos hacer y sí de lo que podemos. Por cierto, ¿cómo encontrasteis este refugio?

—Nos trajo Ray —explicó Greenty, sin dejar tiempo a que Bruna, más recelosa, pudiera dar otra explicación.

—¿Ray? —repitieron casi al unísono Douglas y Rashell. Después se miraron entre sí, interrogantes.

Con su voz aguda, Circe concretó:

—Ray Tanner, el aventurero.

—Sí, sí, ya le conocemos bien —dijo Douglas.

Rashell fue más explícito.

—En realidad somos socios. Nosotros pusimos nuestra parte con él para construir este refugio que es suyo y nuestro. ¿Dónde está ahora?

—Se ha marchado —respondió Greenty.

Douglas inquirió:

—¿Adónde?

—No lo sabemos bien —contestó Bruna—. Creo que ha ido a recorrer las colonias a ver si encuentra algo que salvar. A mí me salvó en la colonia One Point.

—¿Que tú te salvaste de la colonia One Point? ¡Si estaba machacada! —se asombró Rashell.

—¿La habéis visto?

—Sí, la vimos —asintió Douglas.

—Yo estaba en la torre de control, fue una suerte que me salvara. Ray me encontró y me rescató de debajo de un montón de hierros retorcidos.

—Es verdad, nosotros estábamos con Ray y lo vimos todo —confirmó Circe.

—De modo que tú no eres una chica de la cantina de Dina, ¿eh? —preguntó Rashell, fijándose más en ella.

—Es toda una ingeniero en telecomunicaciones —aclaró Greenty.

—Vaya, una ingeniero en telecomunicaciones y tan joven —se burló Rashell que había dejado a Circe y se acercaba a Bruna pese a que ésta le miraba con recelo.

—¿Tardará mucho en volver Ray Tanner? —preguntó Douglas.

—No lo sabemos —respondió Greenty—. Ha dicho que volvería y que no tuviéramos miedo, que este refugio era muy seguro.

—Sí, de veras lo es —asintió Rashell, que no quitaba ojo a Bruna, la cual comenzó a retroceder ante el avance del aventurero.

—Douglas, estate atento por si llega Ray; hemos de darle un abrazo a nuestro socio... Y nosotros que creíamos que había desaparecido.

Bruna ya no podía retroceder más, su espalda tocó el muro.

—No se me acerque más —exigió, mordiendo las palabras.

Rashell sonrió cínicamente. Se sabía fuerte y también sabía que Bruna, en la defensa de su integridad y de su honestidad, estaba sola.

Greenty y Circe no era probable que la ayudaran y muchísimo menos Douglas, que luego pediría participar en la diversión.

—Tres chicas son demasiado pastel para un solo hombre aunque ese hombre sea Ray Tanner.

—Yo no soy pastel de nadie.

—¿Ah, no? No me digas que Ray no ha gozado de tus encantos.

Había tal sarcasmo en las palabras de Rashell que Bruna Stanislawsky le abofeteó, una sola vez pero lo hizo con fuerza.

El rostro de Rashell se ladeó y sus ojos adquirieron un brillo homicida. Apretó los labios y alzando las manos, cogió a Bruna por los brazos, aplastándola contra la pared.

—¡Suélteme, me hace daño!

—Rashell, déjala —pidió Greenty, con cierto temor.

—Ahora verás, bellísima ingeniero de telecomunicaciones. Va a ser un espectáculo para todos... ¿No has hecho nunca el amor con mirones a tu alrededor? Es divertido, muy divertido.

—¡Rashell, déjala, déjala, ella no es una chica de cantina! —casi suplicó Greenty.

—Douglas, cállale la boca a esa furcia.

Douglas obedeció a su compinche y propinó un bofetón a Greenty, alcanzándola en la boca. La joven quedó sentada en el suelo, herida y aturdida, y cuando se quitó las manos de los labios, éstos sangraban a causa del golpe.

—¡Canallas! —gritó Bruna.

Rashell había conseguido dominarla retorciéndole los brazos y así, lentamente, pulgada a pulgada, la iba inclinando hacia el suelo.

Bruna no tenía la suficiente fuerza para escapar de aquel criminal que le retorcía muñecas y brazos para obligarla a doblar las rodillas y clavarlas en el suelo mientras le torcía la espalda hacia atrás hasta que tocó con todo su cuerpo en el pavimento. Teniendo en un lado la pared,

no podría escapar, Rashell iba a conseguir sus sucios propósitos.

—Ahora te enseñaré yo algunas cositas, bellísima ingeniero de telecomunicaciones... Siempre ha sido igual a lo largo de la historia, las mujeres dominadas por los hombres, como debe ser.

Bruna le escupió en la cara, lo que enfureció más a Rashell que montó a horcajadas sobre ella.

—¡Yo te enseñaré modales!

Rashell comenzó a golpearla para castigarla por su rebeldía y extirpar de ella todo sentido de defensa.

—¡Basta ya! —gritó Circe que hasta aquel momento se había mantenido sin intervenir.

A la par que gritaba, la muchacha se abalanzó sobre Rashell y lo empujó tan violentamente que lo hizo caer de lado.

—¡Estate quieta! —le gritó Douglas.

Al verse libre de las manos y del peso del sorprendido Rashell, Bruna pudo desenfundar la pistola que antes guardaba y apretó el gatillo a quemarropa.

—¡¡¡Aaaaaaggg!!!

El grito de Rashell fue espeluznante al recibir el impacto en plena cara.

Su rostro se inflamó, se puso incandescente y luego negro, un negro de carne carbonizada.

Todos quedaron aturdidos, expectantes.

Bruna, con huellas del castigo recibido en la cara, tras desembarazarse de Rashell no se desmoronó ni se encogió sobre sí misma por lo que acababa de suceder, sino que encañonó a Douglas, ordenándole:

—Las manos arriba.

Douglas vaciló, estaba casi detrás de Circe, que rápidamente se apartó a un lado, dejándole al descubierto.

—No seas idiota, ya has hecho una barbaridad.

—Las manos arriba o te juro que te carbonizo la cara como a él.

—¡ Espera, espera! —pidió Douglas, oliendo todavía el hedor a carne quemada que escapaba del cadáver de Rashell.

Bruna, primero de rodillas, después de pie, apretaba firmemente sus labios en los que podían verse unas gotas de sangre.

Sus ojos parecían dispuestos a todo, no había la más mínima vacilación en ellos sobre lo que debía de hacer y así pareció entenderlo Douglas que sintió seco su paladar y buscó saliva dentro de su boca para mojarlo.

—Yo no te he dicho nada...

—Ahora, de rodillas, despacio, de rodillas, maldito...

Greenty, que se había puesto en pie y sentía como sus labios se habían hinchado desproporcionadamente a causa del golpe, chilló:

—¡De rodillas te dice!

Douglas obedeció y Bruna prosiguió:

—Ahora, ponte las manos en la nuca y pégate de cara al suelo.

—Pero ¿qué pretendes?

—Quiero evitar tener que matarte —silabeó entre dientes—, porque te juro que te mataré como a él si no obedeces.

—Está bien, está bien, pero esto nos traerá problemas a todos.

La voz de Douglas ya no era segura ni enérgica. Le faltaba Rashell y él siempre había vivido al socaire de lo que pensaba y ordenaba su socio.

Bruna le quitó el arma que Douglas llevaba consigo y después ordenó a Greenty y a Circe:

—Atadle, atadle bien, buscad cables, cuerdas. Le ataremos de pies y manos y así se quedará quieto hasta que regrese Ray.

—¡Yo no he hecho nada! —protestó Douglas.

Sin dejar de encañonarle, Bruna le puso la bota sobre la cabeza y le aplastó la cara contra el pavimento mientras decía:

—No has hecho nada porque no has podido, sucio bastardo.

Greenty y Circe habían aceptado de súbito el mando de Bruna, de aquella sorprendente Bruna que había parecido débil en un principio, pero que después de ser ayudada por las dos chicas de la cantina de Dina ahora se mostraba dura e implacable.

Su mano no vacilaba al encañonar a Douglas y éste, que se había dado cuenta de ello, tenía miedo, un miedo atroz a morir.

CAPITULO VIII

Ray Tanner llegó sin problemas al pequeño refugio sólo apto para emergencias. No era un lugar apropiado para esconderse en él durante meses y meses, esperando ayuda.

Detuvo el cart junto a la entrada y preparó una grabación que pensaba enviar al planeta Plutón.

En ella pedía socorro y hablaba de la invasión de unos extraños seres llamados Nowi, dando algunos detalles de su aspecto y de la macronave que tripulaban.

No se olvidó de dar un informe sobre lo que había sucedido en todas las colonias y terminó diciendo:

—...Tengo motivos para pensar que hay dos traidores terrícolas que han facilitado informes para que la operación de invasión fuera un éxito.

Con la grabación lista, entró en el refugio sin quitarse el traje de supervivencia.

El recinto era pequeño y aunque prácticamente no faltaba de nada, resultaba incómodo. Decidió no perder demasiado tiempo en aquel lugar y se sentó ante la mesa de telecomunicación.

Preparó la grabación para que comenzara a sonar veinte minutos más tarde y dejó la emisión abierta orientada hacia el planeta Plutón. La potencia de aquella emisora era reducida y la señal llegaría baja de intensidad a Plutón, pero llegaría siempre que la antena estuviera bien orientada.

Estuvo manipulando con el emisor durante cinco minutos y, al fin, lo dejó listo.

Abandonó el refugio, se metió en el cart A.H.C. y se alejó lo suficiente para que no pudieran descubrirle, deteniéndose entre unas rocas.

Mediante la telecámara podía observar la puerta del pequeño refugio; sólo tenía que mirar la pantalla de T.T.V. que tenía en el salpicadero del vehículo y vería lo que ocurría a diez millas de distancia.

Aguardó con atención, los minutos transcurrieron lentos pero inexorablemente.

Tuvo tiempo de pensar en Bruna y también en Greenty y Circe, y se preguntó si estarían tranquilas en el refugio grande.

El tiempo se le hacía eterno y del pequeño bar sacó un bote de cerveza. Le arrancó la anilla tras quitarse el casco y tener el vehículo con atmósfera propia.

Notó el líquido espumante en su boca y le agradó sentir su amarga frialdad.

Consumía el bote cuando llegó la hora. El no pudo captar su propio mensaje en señal muy baja pidiendo auxilio a la colonia terrícola de Plutón.

Lanzó un leve eructo, propio del gas que llevaba la cerveza y cuando ya se había hecho el silencio, vio aparecer la gran nave Nowi. La esperaba, estaba seguro de que interceptaría el mensaje.

Aquél era el motivo por el cual lo había grabado para que se emitiese cuando él ya estuviera en lugar seguro y no se había equivocado al pensar de esta forma.

La gran nave de los invasores describió un círculo en el aire, debía de volar a seis u ocho mil pies de altura. Se la podía ver destacando nítidamente contra las estrellas mientras lanzaba una luz

iridiscente en tomo suyo.

De pronto, la gran nave hizo un disparo justo sobre el refugio. A Ray Tanner no le hizo falta mirar a la pantalla para ver lo que ocurría, pudo observarlo a través del cristal parabrisas.

Un chorro nítido y rectilíneo de luz blanquísima cayó sobre su objetivo.

Se produjo una violenta explosión que Ray Tanner no pudo oír pero sí la notó, ya que las vibraciones llegaron por el suelo hasta él.

Toneladas métricas de roca estallaron, saltando por los aires, mientras una oleada de luz vivísima y de altas temperaturas se expandía en derredor, arrasando cuanto pudiera estar allí con vida.

La oleada térmica llegó al mismísimo cart y observando el medidor de temperatura, Tanner vio que ascendía rápidamente. Temió que el cart no pudiera resistir aquel embate térmico y estallara, pero decidió aguantar. Si los nowi le descubrían, le desintegrarían, debían de estar muy furiosos por el ataque que habían sufrido y por la pérdida de dos de sus miembros.

La nave invasora hizo un círculo en el aire, posiblemente para observar el efecto de su ataque.

Tras comprobar que en el lugar donde antes existía un refugio con su emisora sólo quedaba un cráter de por lo menos cien pies de profundidad, se alejó.

Tanner volvió a observar el termómetro y al ver que la temperatura se estabilizaba, suspiró de alivio. Puso la refrigeración al máximo y se bebió otra cerveza que ya no estaba tan fresca como la anterior.

Aguardó diez minutos más para no ser sorprendido por los invasores que debían creer que ya le habían destruido y se alejó con el cart.

Los nowi ya sabían que se habían lanzado mensajes de S.O.S. a la colonia terrícola de Plutón, mensaje en el que se incluían algunas de las características de aquellos seres, pero, al mismo tiempo, debían sentirse más tranquilos después de destruir el refugio. Lo que no sabían era que Ray Tanner seguía vivo y dispuesto a crearles problemas.

Dos horas más tarde, arribó al refugio en que debían esperarle las tres chicas.

Durante el viaje no tuvo problemas. Se detuvo ante el refugio, lo abrió por telemando y al entrar en la sala para vehículos, descubrió el que allí estaba y frunció el ceño.

Cerró las puertas, presurizó la cámara-garaje y desenfundando la pistola, traspuso la puerta que le condujo a la galería a través de la cual llegó a la gran sala repartida en dependencias que tenían un único y mismo techo.

Al entrar se vio encañonado por Bruna, que sostenía una pistola en la mano. El, a su vez, bajó el arma.

—¿Qué ha pasado?

—¡Ray, Ray, dos tipos…!

Bruna corrió hacia Ray y le abrazó por el cuello procurando no darle con la pistola que la joven continuaba empuñando.

—¡Ray, Ray! —exclamó Greenty—. Son Rashell y Douglas!

Correspondió al abrazo de Bruna, que estaba emocionada. Toda la tensión que había sufrido hasta aquel momento se desbordaba al hallarse junto al hombre en quien confiaba.

A Douglas pudo verlo en el suelo, sólidamente atado de pies y manos. Después descubrió un bulto cubierto por una manta.

—¿Es Rashell?

—Sí, he tenido que disparar contra él, no podía hacer otra cosa.

Ray Tanner observó entonces las huellas de los golpes en el bello rostro de Bruna y también la boca hinchada de Greenty.

—¿Os han pegado?

—Son unos cerdos —silabeó Circe—. Bruna sí que es valiente, le ha fulminado la cabeza a Rashell cuando él se las prometía muy felices.

—Ellas se han jugado también la vida, por eso han recibido golpes. Gracias a la intervención de Circe he podido empuñar la pistola —le explicó Bruna.

Greenty añadió:

—No le ha fallado el pulso y Douglas se ha acobardado al ver que podía pasarle lo mismo que a Rashell.

—Bien, tranquilizaos. Habéis podido con ellos, sois unas valientes porque eran muy peligrosos.

Douglas vio avanzar a Ray Tanner hacia él. Ray no empuñaba la pistola, pero la expresión de su rostro no era nada amistosa.

—Ray, Ray —casi suplicó Douglas. No podía moverse, pero tenía la boca libre para hablar—. Ya sabes cómo era Rashell, con las chicas se volvía como loco, pero ellas le han dado su merecido.

Ray se inclinó sobre él y le cogió por los cabellos, obligándole a torcer la cabeza.

—Sé perfectamente cómo era Rashell y cómo eres tú. La verdad, no esperaba encontraros aquí tan pronto, aunque sabía que tarde o temprano llegaríais a este refugio porque sois tan dueños de él como yo mismo.

—¿Sabías que estaban vivos? —se sorprendió Bruna.

—Sí lo sabía. He captado varios de sus mensajes con los invasores.

Douglas, que se había puesto rojo al serle torcida la cabeza, comenzó a palidecer. Ray Tanner siguió explicando :

—Capté una conversación entre vosotros y los invasores, esos nowi que a tantos y tantos de los nuestros han exterminado al arrasar nuestras colonias.

—¿Cuándo captaste esa conversación? —quiso saber Bruna.

—Quedó grabada mientras vosotras dormíais. Preferí no deciros nada, pero os pedí que estuvierais alerta. Si ellos venían era mejor que vosotras no supierais nada del pacto que estos miserables tenían con los nowi. Después, cuando me fui en busca de la nave alienígena, volví a captar otra conversación por radio.

—¡Fue cosa de Rashell, yo no quería, no quería, lo juro!

—Veo que tienes mucho miedo, Douglas, y te diré una cosa, esos nowi están furiosos. Conseguí acercarme a su gran nave lo suficiente

para verles y disparar contra dos de ellos a los que mandé al infierno o a lo que ellos entiendan por infierno. También me cargué dos patas de la nave y se pusieron a volar mientras disparaban en todas direcciones. Les pillé desprevenidos y pude huir hasta otro refugio; allí, envié una grabación al planeta Plutón que espero ya habrán recibido. Pero los nowi captaron la emisión y volaron raudos sobre el refugio. Lo arrasaron creyendo que yo estaba dentro, pero ya me había largado.

—Y ahora ¿qué va a pasar?

—Supongo que ellos creen que ya estoy destruido y deben estar esperando mensajes vuestros. ¿Me equivoco?

Douglas dudó, pero Ray le torció más el cuello y balbuciendo, explicó:

—Teníamos que enviarles un mensaje cada hora, pero el tiempo ha pasado y estarán desconfiando.

Mientras las tres mujeres asistían silenciosas al diálogo, Ray amenazó a Douglas:

—De buena gana te aplastaría como a una cucaracha y es posible que lo haga a menos que se te ocurra soltar la lengua.

—Todo lo sabía Rashell, yo no, él entró en la nave de los nowi.

—¿Que quieren los nowi?

—No os lo creeréis —barbotó, temiendo que al no ser creído la emprendieran a golpes con él, que no podría defenderse por estar sólidamente atado.

—Tú di lo que sea y luego ya decidiremos.

—Les interesa un pozo de hielo de agua, no hielo carbónico ni de ninguna otra cosa, lo quieren de agua, un pozo de hielo «hache 2 O». ¿No te parece increíble que arrasen todas nuestras colonias por conseguir un pozo de agua helada?

—Sí, parece muy extraño, pero precisamente por lo increíble que resulta pienso que no mientes, de modo que sigue, te escuchamos con mucha atención.

—Ellos quieren el pozo de hielo. Rashell dijo que les

indicaríamos su emplazamiento, pero tomando precauciones para poder huir a tiempo y que nos pagaran primero.

—¿Pagaros, con qué?

—Platinium.

—¡Qué repugnante eres! —exclamó Greenty, furiosa.

Circe añadió:

—¡Nos habéis vendido por platinium!

—Rashell decía que seríamos ricos.

—Sí, ricos, mira cómo está él ahora. Idiota… ¿Cuánto os tenían que pagar?

—Diez mil kilos de platinium.

—Eso es mucho. ¿De dónde iban a sacarlo ellos que van buscando hielo de agua? —preguntó Bruna Stanislawsky.

—No lo sé, pero lo tienen a bordo de su nave. Rashell dijo que lo había visto y le dejaron llevarse un lingote.

—¿Un lingote, y dónde está ese lingote? —inquirió Ray Tanner, ceñudo.

—En el cart.

—¿En el cart? —exclamó Ray—. Si ese platinium está enriquecido por algún radioisótopo pueden haberlo seguido y sabrán que estáis aquí.

—Rashell decía que no nos seguirían…

—Rashell pudo equivocarse.

—¿Nos atacarán? —preguntó Circe.

Ray intentó tranquilizarla.

—No creo que lo hagan, por el momento. Los nowi pensarán que sólo están ellos aquí dentro y como quieren hacer un trato… Por cierto, no nos has dicho cómo pensabais huir con esas diez toneladas de platinium.

—Tenemos una nave espacial escondida. No es grande, pero sí suficiente para cargar el platinium y marchar hacia Plutón. Por lo menos escaparíamos de aquí, donde no queda ningún terrícola vivo.

—¿Una nave espacial? —casi gritó Circe—. ¿Dónde está, dónde está?, que nos vamos.

—Tranquila —le pidió Tanner de Nuevo—. No podemos marchamos ahora. La nave nowi es muy poderosa y posee un gran potencial ofensivo. No le podríamos hacer frente con nuestras armas y si quisiera darnos alcance no llegaríamos lejos. Están dispuestos a destruir todo lo que signifique terrícola.

—¿Qué haremos entonces, quedamos aquí? —insistió Circe.

Bruna opinó:

—Creo que a Ray se le ocurrirá alguna solución.

—Tenemos que seguirles el juego —dijo Ray. Miró a Douglas—. Tú nos tendrás que contar más cosas.

—¡ Es que no sé más! —se justificó Douglas que seguía bien atado en el suelo, deseando salir bien parado de la difícil solución.

—Nos dirás dónde está la nave y yo iré a comprobar que está en perfecto estado.

—De acuerdo, te daré las coordenadas para que la encuentres. Si la descubren los nowi, la destruirán para que no podamos escapar. Rashell no se fiaba de ellos, por eso escondió la nave que teníamos como reserva para escapar.

—Y seguimos teniendo —objetó Ray—. Yo iré a comprobarlo.

—Si te ven salir de aquí, te descubrirán —advirtió Bruna.

—Saldré en el cart de este imbécil que se vendrá conmigo.

—No, yo no me quedo aquí otra vez —advirtió Greenty muy nerviosa—. En cualquier momento pueden aparecer los invasores, vosotros habéis dicho que quizá hayan localizado este refugio siguiendo la pista de ese platinium supuestamente enriquecido con radioisótopos.

—Nos llevaremos el lingote de aquí —dijo Ray Tanner.

Bruna preguntó:

—¿No podríamos ir todos a la nave espacial para familiarizamos con ella y estar listos para escapar si se presenta la ocasión?

—La nave no es muy grande —insistió Douglas.

—Sabiendo que ya no queda nadie vivo en el planetoide —dijo Greenty por su parte— prefiero estar en la nave que aquí. Esto es una ratonera, mientras que la nave siempre tiene una oportunidad de huida.

Ray miró a Circe y ésta, sintiéndose interrogada con la mirada, dio su opinión.

—Yo también prefiero ir a la nave.

Ray se volvió entonces hacia Bruna.

—¿Y tú?

—Creo que dentro de la nave estaríamos a punto de escapar, mientras que aquí, si bombardean este sector, nos hundirán.

—De acuerdo, la mayoría gana. Iremos todos a la nave espacial, pero hemos de establecer un plan para burlar a los nowi que nos estarán vigilando.

—¿Y yo? —preguntó Douglas.

—Todavía puedes salvar el cuero. No te lo mereces, pero si haces lo que te decimos, quizá salves tu vida.

—¿Qué he de hacer? —preguntó, dispuesto a obedecer en cuanto le ordenaran con tal de salvarse.

—Tendrás que decirme dónde se encuentra el yacimiento de hielo que tanto interesa a los nowi.

—Dame un mapa y te señalaré el punto.

—También quiero todos los datos posibles referentes al pozo y sus alrededores.

—Te lo diré todo, no se me ha olvidado nada. En realidad, Rashell se lo podía haber dicho ya a los nowi, pero prefirió hacerles creer que debíamos de repasar la zona para ganar tiempo.

—Nosotros haremos lo mismo. Quizá los nowi crean que aquí tenéis un centro de investigación o algo por el estilo. Sólo tenemos un arma importante contra los nowi que parecen robotoides o androides.

Circe preguntó:

—¿Cuál?

—La astucia —replicó Tanner—. Es un arma que los terrícolas hemos venido empleando a lo largo de los milenios de nuestras civilizaciones y casi siempre ha dado buenos resultados. Recordad el caballo de Troya, la honda de David, la belleza de Judith y tantos y tantos casos. En este momento estamos en clara inferioridad numérica, de armamentos y de nave, sólo tenemos la astucia.

—¿No vais a desatarme? —pidió Douglas.

Bruna objetó:

—Yo no me fiaría de él.

Greenty, que tenía sus bellos labios hinchados, corroboró :

—Yo tampoco me fío.

—Te soltaremos sólo en parte; ya has visto que ellas no se fían de ti.

—¡Si no me soltáis, no diré nada! —amenazó.

—No seas imbécil, Douglas, tengo medios sobrados para hacerte hablar. ¿Quieres que me coloque el yelmo de supervivencia y te arrastre hasta afuera donde no hay atmósfera?

—¡¡No!!

—Pues, hablarás y permanecerás con las manos atadas a la espalda.

—De acuerdo, de acuerdo, pero dadme algo de beber, estoy sediento.

—Circe, ¿puede darle de beber? Tiene que hablar mucho todavía, él será quien se ponga en contacto con los nowi a partir de ahora.

—¿Yo? —exclamó, sorprendido.

—Sí, tu voz ya la tienen clasificada. Si les hablara yo no se fiarían y hay que seguir enviándoles mensajes como si nada anormal ocurriera. Ellos se sienten tocados por mis disparos y están furiosos. Cualquier error por nuestra parte puede significar que nos disparen, desintegrándonos.

Circe fue a buscar cerveza que acercó a los labios de Douglas para que bebiera, sin soltarlo de sus ligaduras.

—Ojalá te atragantes, bastardo.

Douglas quiso protestar; la cerveza le llenó la boca y no pudo hacerlo, tuvo que beber y toser.

—Voy a ver el platinium.

—Está en el cart —indicó Douglas.

Ray se fue hacia los vehículos y entró en el que no le pertenecía. Buscó en su interior hasta que encontró el rutilante lingote de platinium que tenía un aspecto inmejorable. Lo llevó a su propio cart, lo acercó al salpicadero y manejó unos diales. Esperó resultados y cuando los obtuvo, gruñó para sí.

—Lo que me temía, emite radiactividad, poca, pero suficiente para seguirle la pista si tienen buenos detectores de radiactividad. Parece que también saben emplear la astucia.

CAPITULO IX

El cart de los traidores abandonó el refugio despacio, sin prisas, desplazándose con una velocidad moderada.

Douglas iba sentado en una de las butacas, con las manos sólidamente atadas tras el respaldo, de modo que no pudiera cometer ninguna estupidez y tampoco tratar de huir.

Bruna Stanislawsky era quien conducía. Iba vestida con el traje de supervivencia y llevaba la pistola al cinto por si se veía obligada a utilizarla. Ya había demostrado que era capaz de apretar el gatillo.

Douglas la miraba de reojo; obviamente, Bruna no era una chica como Circe o Greenty, ella estaba preparada para mantener los nervios templados en las situaciones difíciles y, además, sabía pensar.

Sería inútil intentar sorprenderla pese a que viajaban solos en el mismo vehículo.

Cuando se hubieron alejado suficiente, abrió el telecomunicador y ordenó a Douglas:

—Comunícate con ellos.

—Sí, sí —asintió en voz baja. Carraspeó y después alzó la voz: —Atención, atención, terrícolas llamando a nowi, contesten...

Bruna no dejó de avanzar con el cart. Sorteaba las rocas y se desplazaba en la dirección que Ray Tanner trazara tras exponerle su arriesgado plan, un plan que podía llevarles a todos a la muerte, pero no había otro para intentar luchar contra los invasores.

Al fin, se escuchó la respuesta de los alienígenas.

—Atención, terrícolas, atención, Nowi responde. Atención terrícolas, Nowi responde.

Bruna ladeó la cara hacia Douglas como indicándole que respondiera. Al mismo tiempo, desenfundó la pistola y apuntó con ella a la cabeza de Douglas que tragó saliva; no quería morir.

—Atención, Nowi, les recibo bien, les recibo bien.

—Terrícolas, ¿por qué habéis dejado de emitir los mensajes cada hora? —preguntaron los invasores.

—Estábamos agotados y nos dormimos. Ahora volvemos a estar bien, por eso pasamos repórter.

Hubo como una duda en aceptar como buenas las palabras de Douglas por parte de los nowi que debían estar controlando el avance del cart.

—Los terrícolas sois muy imperfectos.

—Es posible, no somos robots como vosotros —respondió Douglas que fue adquiriendo naturalidad, por lo que Bruna dejó de encañonarle y siguió conduciendo.

—Está bien, terrícola, no vamos a entrar en discusiones estúpidas con seres inferiores como vosotros. ¿Habéis encontrado el yacimiento de hielo de cuatro mil kilómetros de profundidad?

—Sí, lo hemos reencontrado buscando en nuestros mapas.

—¿Dónde está? ¡Responded! —apremió el nowi que les hablaba.

—Nos dirigimos hacia él ahora mismo.

—¿Dónde se encuentra? —insistió el nowi.

—Todavía no tenemos el platinium en nuestro poder —objetó Douglas.

—Y no lo tendréis hasta que encontremos el pozo de hielo.

—¿Por qué tanto miedo si no podemos escapar? —preguntó Douglas—. Diez toneladas de platinium en lingotes es mucho peso para nosotros que no tenemos vuestros poderes para manejar pesos o para manipular millares de meteoritos haciéndolos desplazarse por el espacio en la dirección que os interesa.

—Nosotros sólo podemos desplazar pequeños cuerpos, nada más —puntualizó el nowi desde su nave, que Bruna ni Douglas no podían ver aún, pero la presentían próxima.

—Os diremos el emplazamiento cuando hayáis pagado con el platinium, es el trato, recordadlo.

—Os pagaremos en el lugar donde se encuentra el yacimiento.

—Queremos el platinium antes —insistió Douglas siguiendo las normas que Ray Tanner le dictara.

—No se os pagará hasta que estemos en el objetivo que nos interesa, terrícolas.

—Entonces, no habrá trato.

La réplica de Douglas no debió gustar a los nowi porque éstos amenazaron:

—Si no decís el lugar exacto del yacimiento, os destruiremos y lo buscaremos nosotros, tenemos medios para encontrarlo.

—Tardaríais mucho tiempo y mientras pueden llegar naves terrícolas bien armadas, preparadas para haceros frente.

—No tememos a ninguna nave terrícola —replicó el nowi.

—No las teméis porque no las conocéis, pero están perfectamente equipadas.

Tal como le había pedido Tanner, Douglas distraía a los nowi, los irritaba y ganaba tiempo.

—Si queréis ser destruidos, os complaceremos, terrícolas.

—No, no hace falta ninguna demostración. Aceptamos el pago en el objetivo que tanto os importa.

—Dadnos las coordenadas y estaremos esperando allí.

—No, no, podríamos equivocamos. Llegaremos nosotros primero y comprobaremos que no ha habido error. Desde allí os volveremos a llamar para que os reunáis con nosotros.

—Está bien, terrícola, quedamos a la escucha.

Se cortaron las telecomunicaciones.

Bruna desconectó toda posible fuga de comunicación para poder hablar libremente con Douglas.

—Se han conformado porque pueden seguirnos fácilmente debido al lingote de platinium que posee radioisótopos fácilmente detectables.

—Sí, eso pienso yo, pero ya habrás visto que amenazan en seguida.

—Es cierto, no son muy cordiales. Veremos qué lección se les puede dar para que aprendan modales.

—Ninguna, ya lo veréis, ninguna. Ray Tanner es un iluso, nada podremos contra los nowi. Ya os conté lo que Rashell había visto dentro de su nave y esos seres son como robots. No les hace falta ni la atmósfera, son más fríos que nosotros si es que tienen sangre.

—Ray Tanner les vencerá.

Douglas sonrió con sarcasmo.

—Confías demasiado en un solo hombre, en un aventurero independiente.

—Es verdad. Quizá doscientas horas antes no lo habría hecho, pero ahora sí. Ahora sé que deben existir hombres como Tanner, hombres que aman la libertad por encima de todo y no se sujetan a ninguna disciplina porque dentro de ellos anida el espíritu de la sobrevivencia, un espíritu que se pierde en muchas ocasiones o casi siempre cuando se viste un uniforme y el individuo se somete a una disciplina ciega. Los hombres como Tanner no se someten a ninguna disciplina, por eso conservan ese espíritu que ya debían tener algunos

de los terrestres cavernícolas. Los hombres como Tanner sobreviven a todas las guerras y cataclismos, ellos son la verdadera esencia del homo-sapiens terrícola. Hombres como él los ha habido en muchos instantes de nuestra historia y ellos han evitado que la civilización terrícola se convirtiera en un sistema de vida análogo al de las grandes sociedades de insectos como hormigas, termes o abejas.

—Hablas de Ray Tanner como si estuvieras enamorada de él.

Bruna ladeó su cabeza hacia Douglas y no pudo evitar establecer comparaciones entre aquel hombre y Ray Tanner.

—Cualquier mujer se enamoraría de Ray Tanner, máxime si ha sido salvada por él.

—Vaya, ahora resulta que estamos todos en manos de Tanner, porque las tres haréis lo que él diga, sea lo que sea.

—Es posible.

—¿Aunque nos envíe a todos a la muerte?

—No creo que lo haga, él no es como tú. Antes de poner en peligro a quienes confían en él, correría los riesgos por sí mismo y tampoco es un suicida, sólo un luchador.

—Temerario.

—Para vencer a los nowi hay que arriesgarse lo que haga falta.

—¿No me dirás cuál es todo su plan?

—No.

—¿No te fías de mí?

—No.

—¿Y si les digo a los nowi que les estáis preparando una trampa?

—Sería lo último que dijeras, porque yo misma te convertiría en cenizas con mi pistola. No dudaría en apretar el gatillo contra ti.

—Sí, ya sé que eres capaz de hacerlo.

—Entonces, no provoques la situación.

—Si por lo menos tuviera la seguridad de que si conseguimos escapar no haréis ninguna acusación contra mí al llegar a las colonias terrícolas de Plutón.

—Sigue las instrucciones de Ray Tanner y él cumplirá su palabra. No es que quiera hacerse cómplice de un criminal como tú, pero…

—Sí, ya sé, se trata de darme una oportunidad de pagar por lo que he hecho, lo malo es que me exige que me arriesgue demasiado.

—Si quieres seguir viviendo, tendrás que arriesgarte. Has hecho un daño irreparable del que no se te puede perdonar, pero aún puedes ofrecer una compensación que mitigue tu participación en esta sangrienta invasión.

Dieron un gran rodeo en su viaje hacia el yacimiento de hielo acuoso que tanto parecía interesar a los seres de Nowi.

Pronto llegarían a su objetivo que quizá sería el fin de todos. Para aquellos invasores, matar terrícolas podía tener la misma importancia que para los terrícolas aplastar hormigas.

CAPITULO X

—Allá abajo, entre aquellas piedras, está el yacimiento de hielo. Es un pozo que baja en vertical hacia el centro del planetoide. Cuando tratamos de negociar la venta de este yacimiento de hielo, nadie nos hizo caso. «Sólo se trata de un pozo», dijeron todos. Preferían vastas extensiones de hielo como lagos helados, si era a cielo abierto mucho mejor, así es más barata la extracción —explicó Douglas.

—¿Y los nowi sí lo aceptaron?

—Sí, a ellos les pareció muy importante.

Bruna Stanislawsky desenfundó el afilado cuchillo que llevaba consigo y cortó las ligaduras que sujetaban a Douglas; éste estaba todo entumecido.

—Ten cuidado con lo que hagas a partir de ahora —le advirtió la joven—. Te quedarías solo con ellos. Tu única posibilidad de seguir vivo es con nosotros.

—Obtener esas diez toneladas de platinium en lingotes fue un sueño de Rashell; yo jamás terminé de creérmelo, sabía que esto terminaría mal.

—Vuestra codicia ha costado muchas vidas y ya no tiene

remedio. Ahora ya sabrás que pactar con los alienígenas es como pactar con el diablo.

Bruna abrió el telecomunicador y miró a Douglas significativamente.

—Atención, nowi, atención, llama terrícola…

—Nowi a la escucha, terrícola, os oímos.

—Hemos llegado al yacimiento del hielo, las coordenadas son…

Apenas unos minutos más tarde hizo su aparición la nave de los invasores nowi.

Bruna quedó impresionada ante la grandeza de aquella nave espacial que poseía una gran maniobrabilidad.

Dio una vuelta en círculo sobre su objetivo y descendió lentamente mientras surgían de su panza las patas retráctiles. Podía verse que dos de ellas habían sido reparadas y al quedar algo más cortas, las otras tres habían tenido que encogerse en parte para estabilizar la nave que al fin quedó posada sobre el suelo del planetoide como si fuera un enorme crustáceo.

—Se han colocado encima del yacimiento —observó Douglas.

—No creo que les interese el hielo en sí mismo —opinó Bruna—. La nave es muy grande, pero con cualquier pequeño yacimiento de hielo les bastaría para llenarla de agua helada.

—Entonces, ¿qué querrán?

—Tú irás ahora a su nave y se lo preguntarás.

—¿No puedo evitar ir a esa nave?

—No, tienes que ir y con el pretexto de que te den el platinium, les preguntarás qué piensan conseguir.

—No tengo otra solución, ¿eh?

—No.

—Está bien —aceptó, resignado. Douglas no era nada sin que nadie le manejara, como había ido haciendo Rashell.

Con el traje de supervivencia y el telecomunicador del yelmo abierto para que le pudieran oír desde el exterior, Douglas descendió del cart.

Bruna, con el casco de supervivencia ocultándole la cabeza, permaneció a la espera, deseando que la confundieran con Rashell.

Como un sonámbulo, Douglas echó a andar hacia el centro de la panza de la nave cuando comenzó a descender la rampa. Por ella apareció uno de los seres de Nowi que se encaró con Douglas, esperando a que se le acercara.

Douglas miró con recelo a aquel ser de color negruzco que más parecía un robot con coraza de guerrero que otra cosa.

—¿Llevas armas, terrícola? —le preguntó al quedar junto a la pasarela.

—No —respondió, lacónico.

El nowi le escrutó con sus ojos que semejaban electrónicos. Después dijo:

—Pasa, te estábamos esperando.

Douglas comenzó a subir por la pasarela y lanzó una mirada hacia el cart que permanecía quieto a cierta distancia. Douglas tenía la impresión de que no volvería a ver más a ninguno de sus semejantes.

Avanzó por la pasarela ascendente hasta adentrarse en la nave. Lo que no vieron ni él ni el ser de Nowi fue un ligero movimiento de unas piedras junto a una de las patas de la nave.

Allí había piedras en apariencia normales, pero debajo de ellas estaba el cuerpo de un terrícola. Se trataba de Ray Tanner que había esperado allí pacientemente.

Greenty y Circe, ahora escondidas dentro del cart de Ray, aguardaban tras haber colocado con cuidado las piedras sobre Ray, ocultándolo.

Habían aprovechado un socavón, colocando piedras en los laterales para poder soportar las que cubrirían por encima al agazapado Ray Tanner que, armado con el fusil, aguardaba el momento de entrar en acción. A la espalda llevaba colocados unos

autocohetes.

Entre la separación de dos piedras podía ver la entrada de la nave por la que acababa de desaparecer Douglas como un reo que avanzaba hacia el patíbulo en el que iba a ser ejecutado.

Douglas se encontró en la sala principal, rodeado de los seres del planeta Nowi. No le extrañó porque Rashell ya le había contado en qué forma le recibieron a él.

—Bien venido a bordo, terrícola—le dijeron todos a un tiempo. Pudo escucharles a través del telecomunicador del yelmo, y fuera de la nave, Ray Tanner también pudo escuchar la conversación gracias a sus diminutas antenas.

—Os he dado el yacimiento que deseabais, pero ¿y nuestro platinium?

—Aquí está, terrícola.

De pronto, ante Douglas apareció la montaña de lingotes de platinium tal como le contara Rashell.

Tuvo deseos de alargar sus ansiosas manos hacia tan rutilante riqueza, mas se contuvo. Desplazar todos aquellos lingotes hacia el exterior de la nave sería un trabajo de horas a menos que le ayudasen.

—Bien, pero ¿qué es lo que os proponéis con ese pozo de hielo?

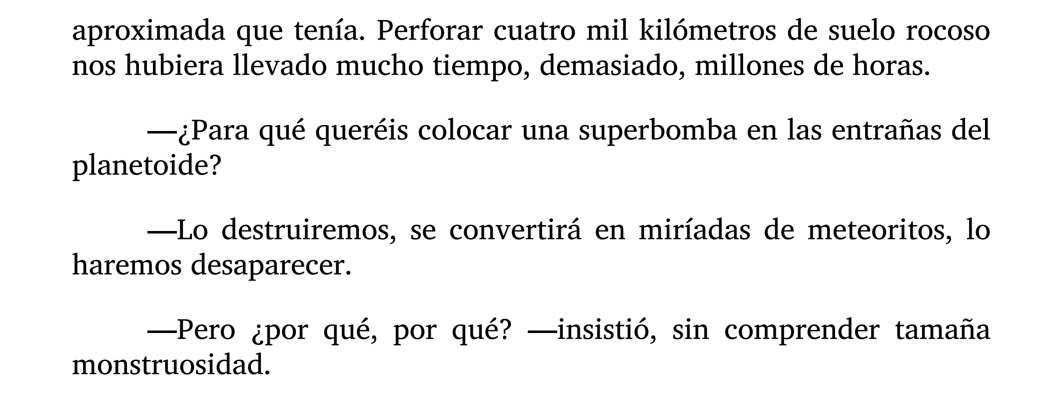
—Ahora que ya lo tenemos te lo podemos decir, terrícola.

—Os escucho.

—El hielo no nos interesa como podíais suponer, lo que sí nos interesa es el pozo. Encima de él colocaremos un cañón de láser infrarrojos que disparará un chorro, fundiendo el hielo, e irá hundiéndose en el agua por la acción de la gravedad. Detrás irá una superbomba que se hundirá al mismo tiempo que el cañón láser. Por los cálculos que hemos efectuado, en menos de diez horas la superbomba habrá llegado al fondo del pozo, casi al centro del núcleo del planetoide.

—¿Una superbomba en las entrañas del planetoide? —se asombro Douglas, y un escalofrío recorrió su espinazo.

—Sí. Nos interesó este pozo desde que supimos la profundidad



aproximada que tenía. Perforar cuatro mil kilómetros de suelo rocoso nos hubiera llevado mucho tiempo, demasiado, millones de horas.

—¿Para qué queréis colocar una superbomba en las entrañas del planetoide?

—Lo destruiremos, se convertirá en miríadas de meteoritos, lo haremos desaparecer.

—Pero ¿por qué, por qué? —insistió, sin comprender tamaña monstruosidad.

—Este planetoide se desplaza en una elipse macrogigante y dentro de un plazo calculado por nosotros, pasará junto al planeta Nowi a una distancia de sólo un millón de kilómetros terrícolas. Llegado ese momento, los terrícolas nos habrían descubierto y hubierais intentado la invasión de nuestro planeta.

—Eso es mucho suponer. No teníamos por qué invadiros, podíamos establecer un pacto de amistad.

—Los terrícolas sois invasores por naturaleza.

—Los nowi también —replicó Douglas.

—Ahora ya no habrá posibilidad de que nos encontremos. Nuestra misión es destruir este planetoide, reducirlo a meteoritos para que jamás se produzca el encuentro. De haber lanzado la superbomba contra la superficie del planeta, sólo habríamos conseguido abrir un cráter, no lo habríamos desintegrado como sí ocurrirá cuando estalle la superbomba en sus entrañas.

—¿Y cuándo será esa explosión?

—Si todo va bien, dentro de doce horas terrícolas.

—¿Doce horas? —replicó, parpadeando—. ¿Y cómo voy a poder escapar yo del planetoide?

—Como no hay nave espacial para ti, no podrás escapar con vida. Ah, es inútil que intentes llevarte el platinium, no es más que una proyección tridimensional.

—¡Yo tengo un lingote!

—Sólo teníamos un lingote y es el que se llevó tu compañero.

—¡Sois unos traidores, no habéis cumplido vuestro pacto! —rugió Douglas furioso y humillado, concienciándose de que había entregado la vida de muchos terrícolas a cambio de un engaño estúpido. Rashell, con sus sueños de codicia, se había pasado de listo y él también, por creerle.

Mientras, a la par que escuchaba todo el diálogo, Ray Tanner fue saliendo de entre las piedras como si fuera un reptil.

Arrastrándose sobre el suelo, logró llegar a la rampa por la que empezó a subir. A distancia, Bruna le observaba, ya con la portezuela del cart abierta, dispuesta a salir del vehículo.

Ray Tanner consiguió introducirse en la nave de los invasores cuando uno de aquellos seres apareció ante él, descubriéndole. El nowi y Ray Tanner se quedaron frente a frente y el terrícola ya no dudó en disparar contra él, fulminándolo.

Todavía estaba incandescente el nowi cuando ya Tanner corría por el pasillo mientras comenzaba a parpadear luces púrpuras por toda la nave. Tanner supuso que debía tratarse de la señal de alarma.

Dos nowi más aparecieron ante él, cerrando el final del pasillo. Volvió a disparar contra ellos y ambos saltaron hechos pedazos.

—¡Traidor! —rugieron los nowi mirando a Douglas.

—¿Yo?

Retrocedía cuando de los ojos de los nowi brotaron unos rayos rectilíneos que coincidieron en el cuerpo de Douglas, inflamándose primero y carbonizándose después.

Rápidamente, los nowi se aprestaron a la defensa ante el intruso que se había metido en su nave y disparaba a matar.

—¡Márchate, márchate! —gritó varias veces Ray Tanner sin pronunciar nombres.

Bruna ya sabía a quién iba dirigida la orden y salió del cart. Puso en marcha los autocohetes adosados a su espalda y salió volando a gran velocidad, escapando de aquel lugar.

La joven no hubiera deseado marcharse, pero cumplía la orden de Ray Tanner al que quizá ya no volvería a ver jamás.

Con el autocohete, fue en busca del cart de Tanner en el que debían aguardar Greenty y Circe.

Ray Tanner se abría paso a través de las puertas fundiéndolas con sus disparos. Ahora ya sabía qué pretendían aquellos invasores: Destruir el planetoide, convertirlo en meteoritos.

Con los nowi no había ninguna posibilidad de diálogo; antes de establecerlo, ellos habían destruido las colonias terrícolas exterminando a todos sus habitantes. ¿Qué podía esperarse de unos seres de esa clase?

Zaaaaaassssss...

Los disparos del fusil de Ray comenzaron a dañar el interior de la nave.

—¡Terrícola, ríndete, no podrás escapar! —le gritaron desde todos los puntos.

Al fin llegó a la gran bodega de transporte de armamento. Allí estaba la superbomba que los nowi habían destinado para el planetoide Argent.

—¡ ¡ Terrícola!! —interpeló ahora una voz, más fuerte que las otras.

Ray Tanner pudo ver una gran pantalla y en ella, el rostro de un nowi que parecía mirarle a él como si estuviera delante. Más que una proyección, semejaba una presencia real.

—¡ Sé lo que pretendéis!

—¡Estate quieto y haremos un pacto contigo!

Al oír aquellas palabras, Ray comprendió que los nowi le habían cogido miedo; de otra forma no le propondrían ningún trato.

—¿Qué trato podéis ofrecerme?

—Te pagaremos lo que pidas y te daremos la oportunidad de escaparte de este planetoide.

—Ah, sí, ¿y en qué voy a escapar? —inquirió, callándose que tenían una pequeña nave espacial dispuesta.

—Te llevaremos en nuestra nave hasta donde nos pidas.

Tanner comprendió que los nowi no sabían nada de la existencia de la nave que habían preparado entre Rashell y Douglas.

—Vosotros no cumplís los pactos que hacéis.

Disparó contra la pantalla, haciéndola desaparecer, y luego comenzó a disparar sobre los paneles que llenos de interruptores, pulsadores y luces, cubrían las paredes de la sala en que se hallaba dispuesta la superbomba y que Ray sabía podía estallar de un momento a otro.

Cualquiera de los paneles que comenzaban a arder podía hacer el contacto preciso para que la bomba estallase.

Cuando todo ardía a su alrededor, observó que casi una docena de nowis, todos iguales, le cerraban la salida.

Disparó contra ellos fulminando a cuatro que iban delante. Comprendió que escapar de la nave iba a ser muy difícil cuando recordó lo que había oído sobre el proyecto de introducir la bomba en las entrañas del planetoide; aquello quería decir que allí debía haber una escotilla.

—¿Dónde estará?

Mientras, todo chisporroteaba y si no ardía espectacularmente era por la falta de oxígeno, pero debido a las altas temperaturas, era suficiente para que todo se fuera destruyendo. Quizá se desprendía oxígeno de alguna parte, porque el fuego se mantenía e incluso progresaba.

Encontró la escotilla con una gran rueda de cierre que hizo girar. La escotilla se abrió por la mitad y Ray Tanner no dudó un instante en saltar al exterior al tiempo que ponía en ignición los autocohetes que llevaba a la espalda.

Salió volando por debajo de la panza de la gran nave y pudo ver todavía como dos nowi asomaban por la rampa por la que él entrara en la nave, tras permanecer sepultado bajo las piedras, esperando astutamente a que la nave llegara a su objetivo.

Disparó contra los dos nowi, incinerándolos, y prosiguió su vuelo.

Por las escotillas de la nave comenzaron a brotar penachos de humo negro, signo evidente de la destrucción que tenía lugar en su

interior.

Consiguió llegar hasta el cart donde le aguardaban las tres muchachas que le vieron llegar entusiasmadas.

Tanner descendió hasta el suelo, desconectó el autocohete y lo dejó caer. Se introdujo en el cart y antes de dar ninguna explicación, lo puso en marcha, alejándose a toda velocidad.

—¿Qué ha pasado?

—Douglas ha muerto.

—¿Y los nowi?

—Querían destruir el planetoide Argent. Hay que alejarse de aquí el máximo posible.

—¿Corremos peligro? —preguntó Greenty.

Ray Tanner no tuvo tiempo de responderle porque se produjo la explosión de la superbomba que desintegró la nave invasora.

La luminosidad fue tan intensa que ocultó aquel firmamento siempre estrellado que poseía el planetoide al carecer de atmósfera.

—¿Qué ha sido eso? —se estremeció Greenty.

—No miréis atrás si no queréis cegaros —les advirtió Ray Tanner mientras se alejaba en busca de la nave espacial que habían preparado Rashell y Douglas.

Dos horas más tarde arribaron al lugar donde, según Douglas, se encontraba la nave, oculta en la oquedad de una colina rocosa, una gran cueva que tendría escasa profundidad.

El planetoide Argent semejaba un astro torturado por tantas y tantas cuevas como se abrían en él, muchas de las cuales habían sido ya aprovechadas por los terrícolas.

—¿Dispuestas para abandonar el planetoide? —preguntó Ray Tanner.

La respuesta de las tres chicas fue unánime.

—¡¡Sí!!

Penetraron en la nave y cerraron sus compuertas. Ya dentro, entre Bruna y Tanner comprobaron el perfecto funcionamiento de todos sus mecanismos.

—Vamos a despegar y pondremos rumbo a Plutón. Será un viaje largo, tendremos que buscar algunas fórmulas para no aburrimos —les dijo Ray.

Greenty y Circe se echaron a reír; Bruna frunció el ceño, suspicaz.

—Siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero… ¡ ¡ Fuego!!

La nave espacial, un modelo algo anticuado y de pequeña envergadura, despegó del planetoide remontando el vuelo en oblicuo. En una pantalla pudieron ver lo que quedaba bajo ellos.

—¡Mirad, eso no estaba antes!

Lo que apareció en pantalla era un gigantesco cráter dentro del cual había aparecido un lago de aguas hirvientes que lanzaba al espacio columnas de vapor.

—Es cierto, no estaba. Cuando vuelvan otros terrícolas aquí, encontrarán en este lugar un lago helado, aunque quizá fuera mejor que nadie más venga por aquí. Según los cálculos de los nowi, este planetoide pasará junto a su planeta dentro de no demasiado tiempo y es preferible no volver a verlos jamás.

Bruna asintió con la cabeza mientras se decía que sería conveniente ir inventando algún juego para que Greenty y Circe se entretuvieran entre ellas y la dejaran a solas con Ray Tanner.

Tres mujeres para un solo hombre eran demasiado, se dijo, lo malo es que él podía pensar todo lo contrario.

F I N


DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO
las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA
el autor mundialmente famoso
que a través dé sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.
APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR
eb
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.
Impreso en España